

Revista Veterinaria de España

Fundada por D. JOSÉ FARRERAS en 1906

MEDALLA DE ORO en la exposición Hispanofrancesa de 1908

Boletín profesional

Este es el libro que Vd. necesita

LA INSPECCION VETERINARIA EN LOS MATADEROS, MERCADOS Y VAQUERIAS, por J. FARRERAS y C. SANZ EGAÑA. *Segunda edición*, reformada y ampliada por C. SANZ EGAÑA, Director del Matadero y Mercado de ganados, de Madrid.

Un tomo de 1080 páginas, ilustrado con 262 grabados y 8 láminas en color, encuadernado en tela, 30 pesetas. Para los suscriptores de la *Revista Veterinaria de España*, sólo 24 pesetas.

Es la obra más completa, extensa y moderna de cuantas existen en España sobre esta materia. Indispensable a los veterinarios municipales que quieran desempeñar científicamente su misión.

ARTE DE APLICAR VENDAJES A LOS ANIMALES DOMESTICOS PEQUEÑOS, por el Dr. W. HINZ, profesor de la Escuela de Veterinaria de Berlín. Traducción anotada por P. Farreras. Un tomito impreso en papel couché, ilustrado con 41 grabados y encuadernado en tela, 3'50 pesetas. Para nuestros suscriptores, sólo 2'50 ptas.

PIDA USTED HOY MISMO UN EJEMPLAR A LA
ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA.

OBRA INTERESANTE

ELEMENTOS DE DIAGNOSTICO CLINICO DE LAS ENFERMEDADES INTERNAS DE LOS ANIMALES DOMESTICOS, por el doctor MALKMUS, profesor de la Escuela de Veterinaria de Hannover. Traducción de la novena edición alemana por PEDRO FARRERAS y C. SANZ EGAÑA. Un tomo de más de 300 páginas con 73 grabados en negro y en color, encuadernado en tela, 9 pesetas. Para los suscriptores de la REVISTA VETERINARIA DE ESPAÑA, 7 pesetas.

El fundamento más firme y seguro para el ejercicio de la Veterinaria es el diagnóstico exacto de los padecimientos. Tanto en la clínica, como en Policía sanitaria y en Derecho veterinario, todo depende del conocimiento preciso de las enfermedades. Pero esta parte de la Veterinaria es precisamente la más difícil.

El presente libro—el pequeño Malkmus, como familiarmente se le llama—compendia en forma concisa los diversos aspectos del asunto, resume cuanto es preciso saber para un diagnóstico exacto y representa el resultado, no sólo de la práctica del autor, sino de la experiencia veterinaria general. La rapidez con que los veterinarios alemanes agotan las ediciones de esta obra, demuestra la gran estima en que la tienen. Además, se halla traducida ya al inglés, y Morvoisin publicó la traducción francesa de una de sus primeras ediciones y se agotó a los pocos años de aparecer.

Estamos seguros de que la traducción española, hecha sobre la última edición alemana, merecerá el favor de los veterinarios ibero-americanos.

ÉXITO EDITORIAL

ELEMENTOS DE ARTE DE RECETAR Y COLECCION DE RECETAS, PARA VETERINARIOS Y ESTUDIANTES, por el doctor OTTO REGENBOGEN, catedrático de la Escuela de Veterinaria de Berlín. Traducción ampliada por P. FARRERAS. Un tomo en 8.º de cerca 300 páginas, encuadernado en tela, 6'50 pesetas. Para los suscriptores de esta Revista, *sólo cinco pesetas*.

Las 1.131 fórmulas que figuran en este libro son: unas, fruto de la experiencia de su autor, y otras, están tomadas de las obras clásicas y modernas. Todas ellas han sido seleccionadas con el criterio científico severo de un maestro que mira la Farmacología con excepcionalismo y sólo recomienda las recetas infalibles.

Este libro es un compañero a quien se debe consultar en el momento de prescribir un tratamiento, a fin de escoger, de entre los que están indicados, el que mejor conviene en cada caso.

TÓPICO FUENTES

PARA VETERINARIA



El mejor epispástico y resolutivo conocido. Cincuenta y seis años de éxito, durante los cuales ha sido aplicado por tres generaciones de Profesores Veterinarios, son la mejor prueba de su eficacia.

Precio del frasco: 4 Ptas. - En todas las farmacias y droguerías

ÚNICO PREPARADOR

Doctor NATALIO DE FUENTES

Proveedor de las Reales Caballerizas

PALENCIA

RASSOL



Es el **verdadero específico** para el tratamiento *eficaz* de las enfermedades de los cascos, **Grietas, Cuartos o Razas**, en los **vidriosos** y **quebradizos**, y para la higiene de los mismos. Por su enérgico poder, *aviva* la función fisiológica de las células del tejido córneo, acelerando su crecimiento. Llena siempre, con creces, su indicación terapéutica. Substituye ventajosísimamente al antihi-
giénico engrasado de los cascos.

Venta: Farmacias, Droguerías y Centros de Especialidades, y

D. ENRIQUE RUIZ DE OÑA, Farmacéutico, Logroño

LABORATORIO DI TERAPIA SPERIMENTALE

Dott. Prof. A. BRUSCHETTINI

GÉNOVA

**“Vacuna Preventiva Polivalente Bruschetti contra la
pneumo-enteritis infecciosa o cólera de los cerdos”**

LA VACUNA SE EMPLEA EN INYECCIONES HIPODERMICAS

Dosis.—La dosis necesaria para una vacunación (una inyección) es de 3 c. c. así para los animales como para las crías.

Segunda vacunación.— A los diez días de la vacunación, el animal puede considerarse inmunizado *durante un año aproximadamente*; si acaso la epizootia presenta carácter sumamente maligno es oportuno practicar una *segunda vacunación* cinco días después de la primera.

Modo de practicar la inyección.— La inyección se practica en la cara interna de un muslo, previa desinfección cuidadosa.

La inyección no va seguida de reacción alguna. Téngase cuidado de *agitar* el líquido antes de emplearlo y favorecer luego su absorción con un ligero *masaje*.

Reglas para la vacunación.— En el caso que se emplease ácido fénico o alcohol para la desinfección de la jeringa, téngase cuidado de expulsar todo el desinfectante, o mejor aclarar la jeringa para evitar que se formen coágulos que además del peligro de obturar la aguja alteraría la vacuna.

Se recomienda inyectar a los animales *cuando aún están sanos*; así el éxito es seguro, porque inyectándolos cuando ya están enfermos no es posible pretender éxitos aunque la vacuna preventiva tenga alguna vez acción curativa; conviene en este caso repetir la vacunación a los cinco días de la primera inyección.

Conservación de la vacuna.— La “Vacuna” se conserva un año con tal de mantenerla en sitio fresco y oscuro.

Precios

A los señores Veterinarios y Farmacéuticos Ptas. 1'30 dosis. Para pedidos mayores de 500 dosis 10 % descuento sobre este último precio.

Dirigir la correspondencia a los señores Agentes:

D. ADOLFO HERRERA - Veterinario Militar - Sevilla.

D. JESUS CARBALLO - Ronda Coruña, 5 - Lugo.

D. F. LOPEZ - Prim, 15 - Badajoz.

D. JUAN FERRER CERDERA - Cuarte, 157 - Valencia.

LOS SEÑORES VETERINARIOS PUEDEN PEDIR MUESTRAS
GRATUITAS A

D. Luis Lepori. Vía Layetana, 15. — BARCELONA.

REVISTA VETERINARIA DE ESPAÑA

BOLETIN PROFESIONAL

Vol. XVIII.

Barcelona, 15-30 de Junio de 1926.

Núms. 11-12

EDITORIALES

Ramón Turró Darder

¡Ha muerto el maestro!

¡Ha muerto el maestro! ¡Con cuánto dolor y amargura dicta el cerebro a la pluma estas palabras, que, aún siendo tan breves, llegan a lo más hondo del corazón de cuantos amábamos a Turró!

¡El maestro! Tal es el título que más le gustaba oír y que con mayor justicia podía dársele a este maravilloso autodidacto, que sin recibir las enseñanzas de ningún bacteriólogo gozó justa fama de bacteriólogo eminente, que sin ser catedrático ni pertenecer al escalafón oficial enseñó bacteriología a casi todos los médicos y veterinarios de Cataluña interesados en conocer esta disciplina y que con su poder de atracción y su fuerza de proselitismo formó una escuela de laboriosos investigadores que ya dan días de gloria a las ciencias biológicas de nuestra patria.

El nombre de Turró va íntimamente unido a la REVISTA VETERINARIA DE ESPAÑA desde su origen. La sincera amistad que con él trabó su fundador el malogrado José Farreras, cuando asistía a los cursillos de bacteriología que daba Turró en el Laboratorio Municipal de Barcelona, y el deseo que éste sintió siempre de que la Veterinaria se dignificase por el estudio, fueron las causas que le movieron a apadrinar con su glorioso nombre esta REVISTA, desde los primeros vacilantes pasos de su existencia.

Posteriormente, las múltiples ocupaciones en que el maestro debía invertir su actividad, sus investigaciones de laboratorio y sus estudios filosóficos, le apartaron de la intervención activa en esa ingrata tarea del periodismo profesional, que tantas energías consume y tantas actividades devora. Pero en todo momento nos favoreció con sus sabias orientaciones y consejos, y siempre distinguió a esta REVISTA con el honor de publicar en ella sus trabajos de investigación, sus discursos y sus artículos que encuadraran en la índole de la misma.

El maestro ha muerto. Su corazón, albergue generoso de la caridad, la gratitud y demás nobles virtudes está inmóvil. Su inteligencia toda intuición y claridad ha quedado extinguida. Pero queda el recuerdo de su nombre inmarcesible y glorioso al que sus discípulos rendirán tributo de veneración mientras vivan, y queda su obra indestructible, firme, imperecedera.

Descubrámonos ante los hombres que de su tránsito por la tierra dejan una estela tan refulgente como deja Turró.

Dónde nació Turró

Casi toda la prensa diaria de Barcelona y de Madrid, al dar cuenta de la muerte de Turró en sentidas notas necrológicas consignaba que aquél había nacido en Gerona el día 9 de Diciembre de 1854. Igual origen y fe-

cha de nacimiento le atribuye nuestro querido amigo y compañero el doctor don Leandro Cervera en la biografía de Turró, publicada en la serie monográfica “Quaderns blaus”, aparecida precisamente el mismo día en que falleció el maestro y de la que, con la debida autorización reproducimos muchos fragmentos en la presente reseña. Unos días después, el cura párroco de Malgrat publicó una carta en *La Publicitat* y en *La Veu de Catalunya*, en la que, con datos tomados de los libros del archivo parroquial afirmaba: que Turró no era hijo de Gerona, sino de

rró nació en Gerona, publicó el 15 de Junio un artículo en *La Publicitat* del que traducimos lo siguiente:

“Cuantos convivieron con Turró y cuantos trabajamos muchos años a su lado le habíamos oído vanagloriarse muchas veces de su origen gerundense. En cierta ocasión, le pregunté qué relación de parentesco podía tener con las numerosas personas de Malgrat que llevan el mismo apellido y me contestó:

“—En Malgrat existe la casa solariega de los míos, conocida por “Can Vives”, pero yo soy hijo de Gerona. Además, yo me llamo Turró, mientras

Torró y Darde
Ramon, Franco
Pedro

At los nueve dias del mes de Diciembre de mil ochocien-
 tos cincuenta y cuatro, yo el infrascripto Vicario de esta Iglesia
 Parroquial de San Nicolás de la Villa de Malgrat Obispado
 de Gerona y Provincia de Barcelona bautizé en la Pila bautismal
 de la misma á un Niño nacido al dia antes al qual se le impusieron
 los nombres de Ramon, Francisco, Pedro, hijo legitimo de los
 Conyortes Benito Torró de esta y Maria Sr^{ta} Darde de Tosa.
 Abuelos paternos Juan Torró y Catarina Luri conde de esta
 Abuelos maternos Juan Darde y Madrona Ferré de Tosa.
 Sueros Padrinos Juan Ayals, y Clara Ferró ambos de Tosa.
 D. Bartolomé Codinach Pbro Vicario

Partida de bautismo de Turró

Malgrat, que no nació el día 9 de Diciembre de 1854, sino el día 8 de dicho mes y año, y que su apellido paterno era Torró y no Turró.

Según puede ver el lector en el adjunto fotografado, reproducción de la partida de bautismo de Turró, las afirmaciones del párroco de Malgrat son exactas.

El doctor Cervera, para sincerarse y demostrar que no había procedido con censurable ligereza al afirmar que Tu-

que el apellido de muchos malgraten-
 ses es Torró”.

Añade el doctor Cervera que los datos relativos a los primeros años de la vida de Turró se los comunicó éste en una entrevista celebrada al efecto, y que antes de dar a la imprenta las cuartillas que contenían tales datos las sometió a la previa censura de Turró, sin que éste los rectificara. Conste, pues —termina diciendo—, que no soy yo, sino el mismo doctor Turró, quien afir-

ma que “Ramón Turró y Darder, nació en Gerona en 9 de Diciembre de 1854”.

¿Por qué Turró se obstinaba en proclamar su origen gerundense y negaba que era hijo de Malgrat? ¿Con qué finalidad modificaba la ortografía de su apellido paterno?

Hoy por hoy no es posible dar una contestación satisfactoria a estas interrogaciones que cuidarán de esclarecer los historiadores del porvenir.

Su infancia y su juventud.

Después de aprender las primeras letras y de haber estudiado dos cursos de latín en las Escuelas Pías de Calella, al cumplir la edad de 10 años se examinó de ingreso y empezó el Bachillerato en el Instituto de Gerona, en cuya ciudad tenía dos hermanos que cursaban la carrera eclesiástica. A los 15 años cumplidos y en posesión del título de Bachiller, se trasladó a Barcelona deseoso de estudiar la carrera de Medicina.

La vocación por esta ciencia nació en Turró de una manera espontánea y viva. Era la voz interior del embrión del biólogo y del filósofo que pugnaba por salir de aquel cuerpo de adolescente.

Los que no hemos conocido a Turró en su juventud, nos lo imaginamos en esta época de su vida, inquieto, luchador apasionado, vehemente y agresivo, propicio siempre a la discusión y a la lucha. Un joven de tal temperamento, colocado en un ambiente de revuelta y de agitación política como el que entonces se vivía en Cataluña, no podía permanecer impávido ni indiferente. La muerte de su madre le desliga del más estrecho vínculo que le unía a su familia y libre ya entonces, impulsado por su amor a la libertad, abandona sus estudios de medicina cuando había aprobado el segundo año, coge la carabina y sale al campo a luchar contra los carlistas. Cuéntase que formaba parte de

un grupo de guerrilleros muy temidos por su arrojo, y que en más de una ocasión su vida corrió grave riesgo.

Terminada esta época con la proclamación de la República en 1871, Turró reanuda sus interrumpidos estudios médicos, pero al llegar a la asignatura de Medicina legal se resiste a examinarse y resuelve abandonar la carrera, matriculándose en la Facultad de Filosofía y Letras, cuyos estudios cursa hasta la licenciatura. Entonces se traslada a Madrid, henchido de ilusiones y proyectos su cerebro, y exhausto de dinero su bolsillo.

A Madrid. Su primer trabajo de Fisiología.

Al llegar a la corte, Turró entró en la Redacción del diario *El Progreso* con el sueldo de 75 pesetas mensuales. Allí adquirió numerosas relaciones entre los cultivadores de las ciencias y las letras y publicó su primer libro, titulado “Composiciones literarias”, compilación de poesías y ensayos en prosa escritos en 1875-1876.

De esta misma época data también su primer trabajo “El mecanismo de la circulación arterial” publicado en forma de artículos en *La Independencia Médica*, primero y en la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, después (1). Las originalísimas ideas expuestas por Turró sobre el mecanismo de la circulación de la sangre tergiversaban por completo las que sobre el particular imperaban en el mundo científico de entonces. El célebre fisiólogo Marey escribió a Turró una carta de felicitación y de encomio y el médico francés Jules Renard tradujo a su idioma aquellos artículos que fueron recogidos en un libro editado en 1883 por la casa Berthier, de París.

En Madrid, por el contrario, pasaron casi inadvertidos, cosa perfectamente

(1) Este artículo, lo publicamos íntegro en la parte científica de la REVISTA correspondiente al mes actual, tomándolo de *La Independencia Médica*.

explicable si se tiene en cuenta que en aquella época imperaba el más absurdo verbalismo. Todo se sacrificaba ante la frase. El hombre del día era el doctor Letamendi cuyas ideas filosófico-matemáticas encajaban a maravilla en el ambiente de subjetivismo reinante.

Turró se rebeló enérgicamente bien pronto contra el influjo poderoso que venía ejerciendo Letamendi, combatiendo sus doctrinas en una serie de artículos publicados en *El Siglo Médico*.

En el fondo no había gran diferencia entre las ideas de Turró y las de Letamendi. Ambos eran partidarios de resolver los problemas de la vida con los criterios mecánico y del común sentir. Pero Letamendi, que por encima de todo, era un anatómico, un clínico y un clásico, temía que los descubrimientos que incesantemente arrojaban los laboratorios acabaran con la medicina en fuerza de mantenerla en vertiginosa revolución. Turró, por el contrario, más fisiólogo que anatómico y clínico, y mucho más romántico, no abrigaba dicho temor. Y la realidad ha demostrado que Turró estaba en lo cierto, pues precisamente la doctrina unitaria que propugnó Letamendi se afirma cada vez más, de un modo que ni él mismo pudo sospecharlo, gracias a los innumerables descubrimientos de la fisiopatología contemporánea, como prueba con documentación copiosísima el profesor A. Pí y Suñer en su libro "La unidad funcional" y como demuestran de consuno todos los grandes investigadores y clínicos.

En los centros médicos madrileños se creía que la firma R. Turró, que suscribía aquellos artículos, era un pseudónimo bajo el que se ocultaba una personalidad científica de primer orden. Esto último era cierto; lo del pseudónimo no. Turró estuvo decidido más de una vez a aclarar este misterio imaginario, pero el doctor Méndez Alvaro, hombre ducho en lides periodísticas, le aconsejó que no lo hiciera, porque entonces —le dijo— sabiendo quién es el verda-

dero autor de los artículos éstos perderán interés. Turró siguió este consejo, que, para él, según decía, constituyó una lección de sociología altamente provechosa.

Regreso a Barcelona. Sus primeros trabajos de Laboratorio.

El doctor don Jaime Pí y Suñer, que acababa de ganar la cátedra de Patología general de la Facultad de Medicina de Barcelona, en cuyas oposiciones—y a ello debió su triunfo—sostuvo las ideas de Turró sobre la circulación vascular, logró que éste regresase a Barcelona y le nombró su ayudante de trabajos prácticos.

El doctor Augusto Pí y Suñer, su hijo, en un artículo recientemente publicado evoca la figura de Turró en esta época, "envuelto su cuerpo con una capa vieja y raída, su cabello en desorden, sus dedos afilados terminados en unas uñas largas, y su vivacidad en la conversación".

Turró, que pasaba por un período de inquietud bohemia y de desorientación, siente nacer en él una nueva aptitud: la financiera. Juega a la Bolsa con bastante fortuna primero, pero la suerte le es adversa después y se ve obligado a dejar el campo bursátil convencido de que no es este el camino por donde había de encauzar su actividad.

El doctor don Jaime Pí y Suñer, que siempre tuvo sobre Turró gran ascendiente, supo guiarle hacia un nuevo rumbo, adivinando las grandes dotes de investigador que atesoraba. Al efecto, comenzó por instalarle un pequeño laboratorio en un desván de la antigua Facultad de Medicina. Las investigaciones bacteriológicas, merced a la influencia de los estudios de Pasteur se iban abriendo camino y Turró desde su modesto laboratorio las seguía paso a paso. De esta época datan sus estudios críticos acerca de las fermentaciones.

El descubrimiento del bacilo de la tuberculosis que Koch acababa de efec-

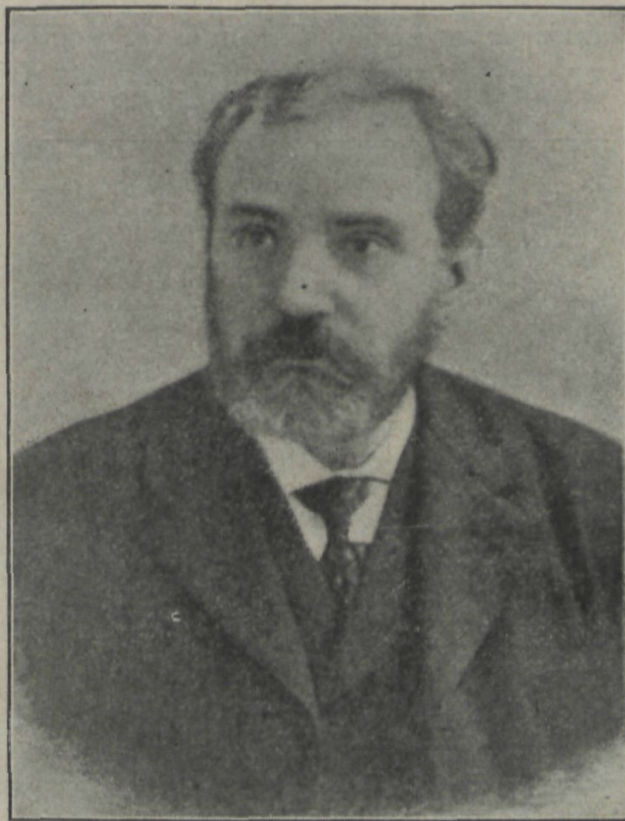
tuar, contribuyó a popularizar el laboratorio de Turró y le proporcionó bastantes ingresos, pues casi todos los enfermos de las vías respiratorias acudían a Turró para que les analizase sus esputos.

En numerosas ocasiones el doctor Pí y Suñer había intentado convencer a su amigo Turró de la conveniencia de que éste concluyera su carrera de médico. Jamás pudo lograrlo.

El doctor Robert y el doctor Mascaró, amigos de Pí y Suñer y conceja-

Turró, aconsejó a éste que cursara la carrera de veterinario. Aunque Turró se resistió mucho, cedió al fin, y matriculóse en la Escuela de Santiago de Galicia. El catedrático y director de la misma señor Alarcón allanó de tal suerte los trámites burocráticos que Turró, en dos convocatorias, y en el plazo de tres meses, se examinó de todas las asignaturas y obtuvo el título de veterinario.

Entretanto, el Ayuntamiento de que formaba parte el doctor Robert había



Retrato de Turró cuando contaba 45 años de edad

les del Ayuntamiento de Barcelona tenían el propósito de crear el "Cuerpo Médico Municipal" y confiar la jefatura del mismo a Turró. Pero éste no era más que licenciado en Filosofía y Letras y estudiante de Medicina, que no quería licenciarse, porque odiaba la ciencia oficial y no toleraba sus impertinencias.

Don Francisco Darder, ilustre veterinario, Director de la colección zoológica del Parque de Barcelona y gran amigo de

sido substituído por otro que acordó crear el Laboratorio Municipal, cuya dirección confió al doctor Ferrán. Turró entró como veterinario a las órdenes de éste, pero bien pronto se hizo ostensible la incompatibilidad de ambos y Turró abandonó su cargo, refugiándose de nuevo en el desván de la Facultad de Medicina, donde el doctor Pí y Suñer le instalara su primitivo laboratorio.

El doctor Fargas le encargó la organización de un laboratorio bacteriológico

en la Academia y Laboratorio de ciencias médicas, para que diera cursillos de técnica bacteriológica. En este Laboratorio Turró se manifestó ya como un verdadero maestro estudiando el antagonismo entre la levadura de cerveza, el estreptococo y el estafilococo, y empezó a investigar el poder bactericida de los jugos orgánicos.

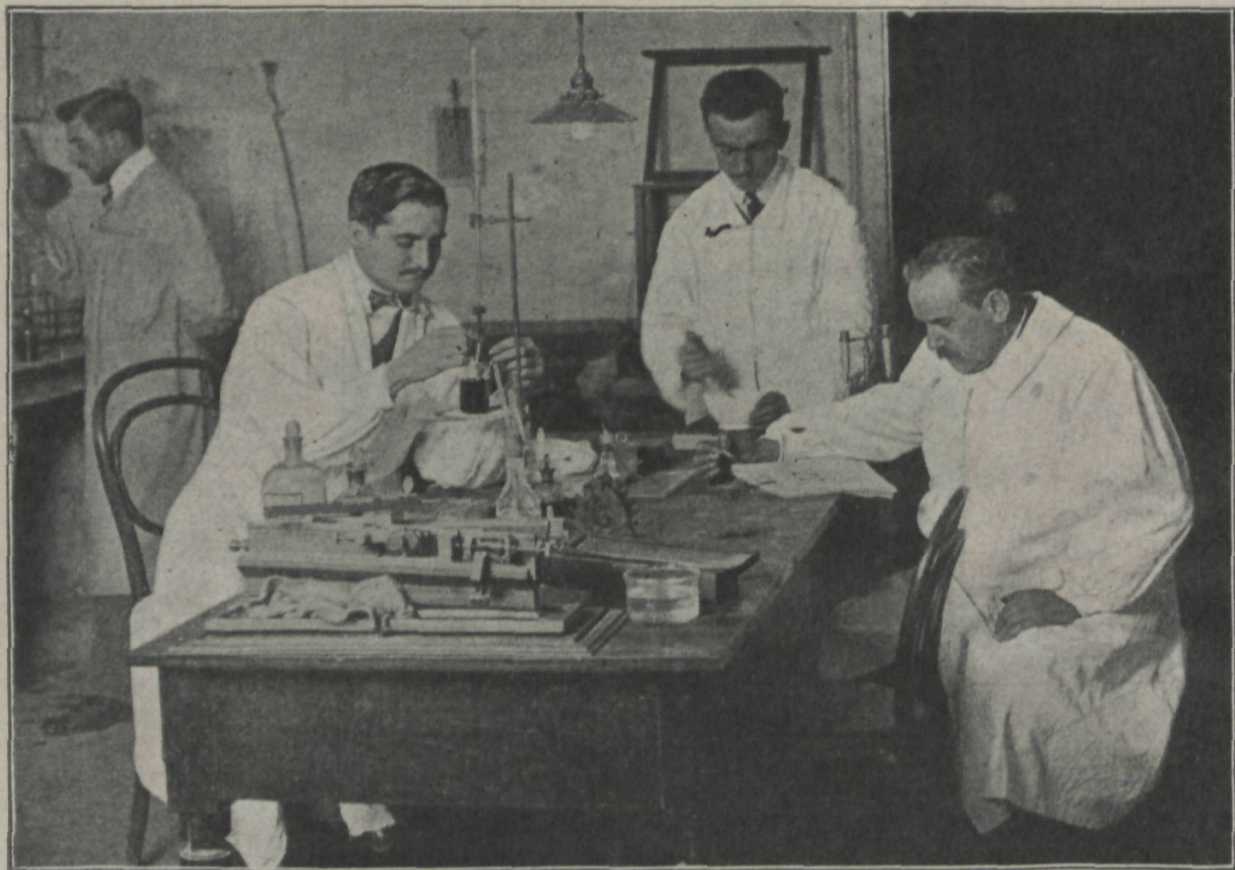
Allí continuó, hasta que, con motivo de una epidemia de peste bubónica que hubo en Barcelona en 1904, el alcalde hubo de acudir a él para confiarle la lucha contra la plaga, porque el doctor Ferrán estaba en París suspendido de empleo y sueldo. Sin confesar que la epidemia era de peste, para no alarmar

necesarias para extinguir la epidemia y lo consiguió en poco tiempo.

Turró, director del Laboratorio Municipal.

El 1905 el Ayuntamiento de Barcelona confía a Turró la dirección del Laboratorio Municipal.

Provisto de un riquísimo caudal de conocimientos científicos, poseedor de un dominio absoluto de las técnicas de laboratorio, metódico y claro como nadie en el planteamiento de los problemas y en la deducción de sus resultados; paternal y acogedor para con sus discípulos y sencillo y cordial con todo el mundo, no era difícil pronosticar que



Turró en 1906 trabajando en el Laboratorio Municipal de Barcelona con sus discípulos González, Alomar y Comas.

a los habitantes de la ciudad ni perjudicar al comercio (por aquel entonces estaba anunciada la visita de la escuadra inglesa y existía el temor de que el puerto de Barcelona fuese declarado sucio), adoptó silenciosamente las medidas

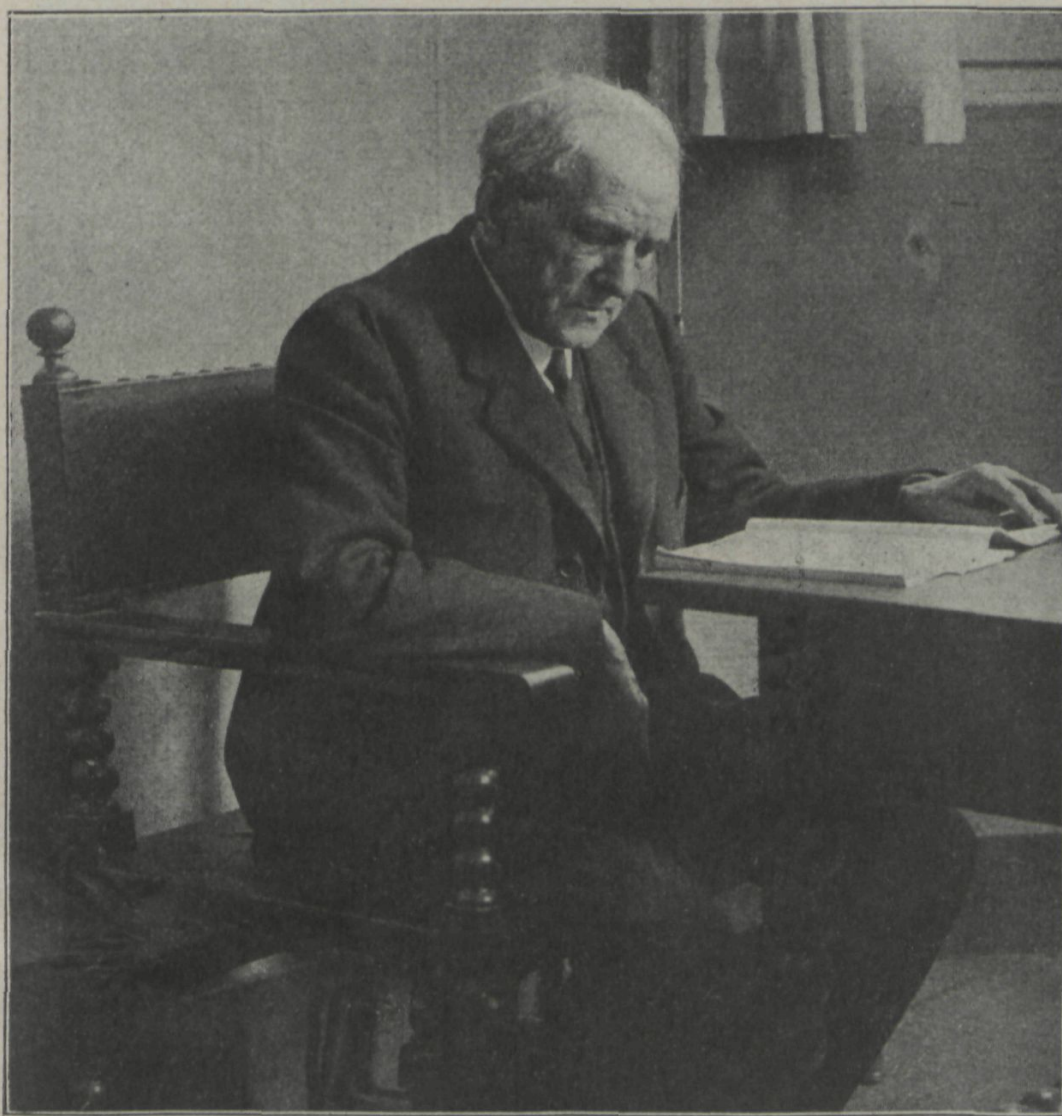
Turró, colocado en la dirección del Laboratorio Municipal tenía que ser el maestro indiscutible de cuantos desearan trabajar en bacteriología o fisiología, acudían a recibir sus enseñanzas. El Laboratorio estaba abierto a todos;

“la única condición que impongo a quienes deseen trabajar a mi lado—decía humorísticamente Turró—es la de que no se me lleven los microscopios”.

El sistema pedagógico de Turró era una mezcla de aleccionamiento y de colaboración que le alejaba del envaramiento del dómene y despertaba la mutua cordialidad entre el maestro y los

inmunidad mediante los fermentos bacteriológicos, y los que contribuyeron a esclarecer el proceso anafiláctico.

De allí nació también la idea de crear la Sociedad de Biología de Barcelona cuya fama ha traspasado las fronteras y las conferencias sobre Filosofía crítica desarrolladas en *L'Institut d'Estudis Catalans* en 1917.



Turró en su despacho del Laboratorio Municipal de Barcelona. (1918).

discípulos. El número de éstos, creadores de ciencia original, fué realmente prodigioso. Allí nacieron muchos trabajos importantísimos de fisiología, debidos principalmente a él y al doctor Pí y Suñer, juntos o a éste sólo, y muchísimos de bacteriología e inmunología, no pocos de ellos transcendentales, como los concernientes al mecanismo de la

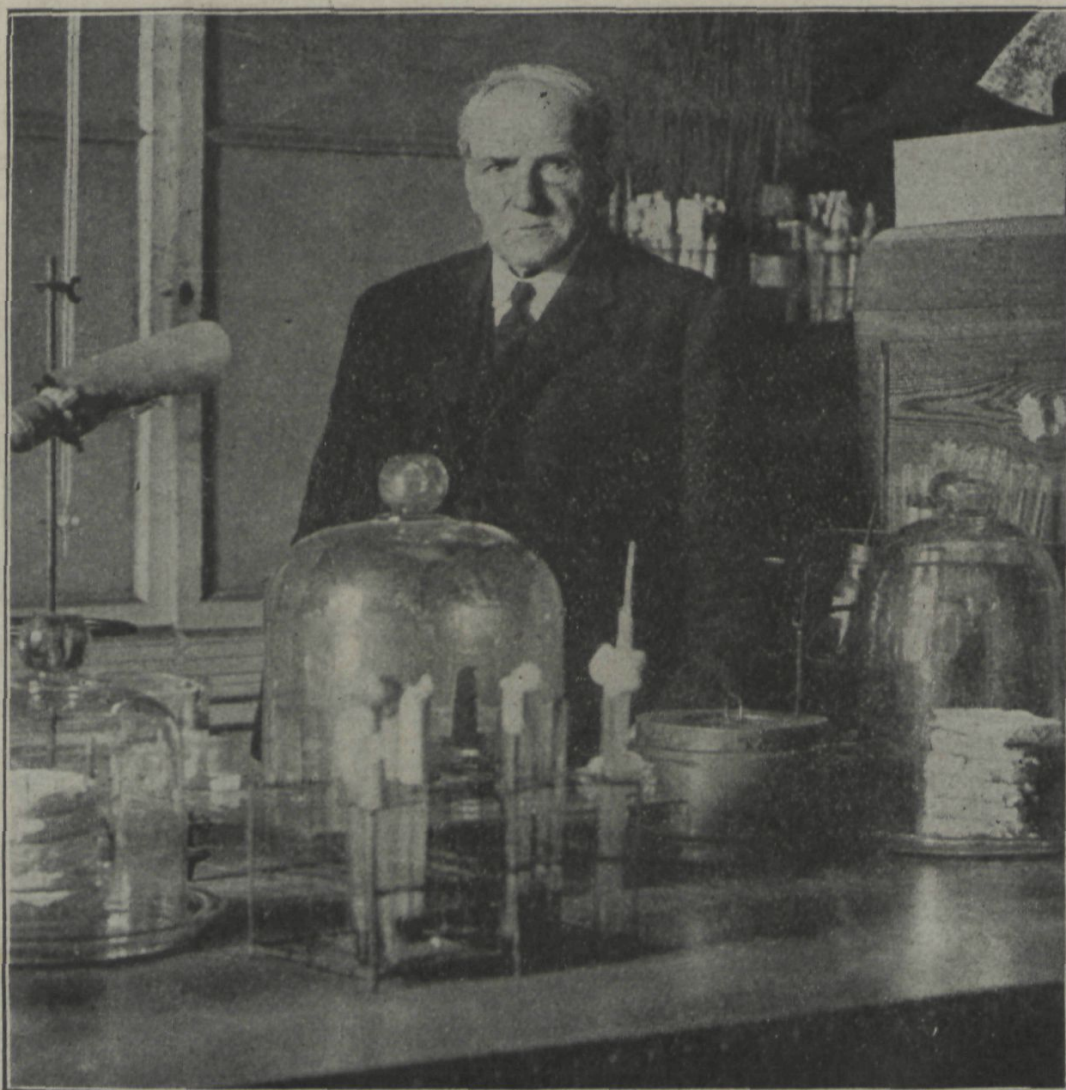
Alternando con las tareas ordinarias del Laboratorio, Turró organizaba casi todos los años, cursillos de técnica bacteriológica por los que desfilaron casi todos los médicos, veterinarios y farmacéuticos catalanes interesados en estos estudios de 30 años acá.

El doctor Leandro Cervera relata magistralmente en los siguientes términos

la forma cómo Turró daba esas clases. “Parece que le estoy viendo — escribe refiriéndose al cursillo de 1909 — con su pelo largo, gris y despeinado, su barba, su capa y su traje denunciadores de una negligencia nada *smartiana*, y su mirada de cazador, que, acostumbrado al contacto persistente de su mejilla con el fusil, guiña el ojo a todo lo que le

gran bacteriólogo sabía mantenernos pendientes de su palabra sencilla, pintorescamente rica en ejemplos, anécdotas y efemérides, que nos hacía asequibles los problemas de la inmunidad del organismo ante las infecciones, y nutría nuestro cerebro con consejos sobre técnica y métodos experimentales.

De vez en cuando la figura del maes-



Turró en su departamento de trabajo del Laboratorio Municipal de Barcelona (1918).

parece interesante, como si para él, en el mundo las imágenes y las ideas fuesen conejos que aguardan el tributo de la perdigonada.

Sentado detrás de una mesa, encima de la cual se erguía una probeta graduada llena de leche, refugiado en una habitación descuidada que ocupaba el lugar donde hoy está la biblioteca, el

tro abandonaba el sillón para dirigirse al encerado y garabatear en él unos esquemas. Entonces aparecía el hombre de ciencia, luchando con la idea que se proponía desarrollar valiéndose de una tiza inservible, y con unos pantalones que, por excesiva liberalidad de su propietario, que les relevaba de sujetadores, obedecían a las leyes de la gravedad”.

Durante los años que Turró fué director del Laboratorio Municipal prestó a Barcelona grandes servicios, especialmente durante la terrible epidemia de fiebre tifoidea de 1914 que tantas víctimas produjo.

Ayuntamiento, después de lamentables vacilaciones, acordó seguir el consejo de Turró y la epidemia fué vencida.

Tres años después, en 1917, pronunció un discurso en la Academia del Cuerpo Médico Municipal de Barcelo-



Turró en 1918, rodeado de sus ayudantes en el Laboratorio Municipal de Barcelona, señores Puig de Valls, Domingo, señora de Domingo, Durán, Baltá y González. (De izquierda a derecha).

La ciudad era presa de un pánico indescriptible; los periódicos publicaban diariamente artículos y notas sobre la naturaleza de la enfermedad y su profilaxis contribuyendo a sembrar la desorientación. Turró descubrió bien pronto el origen hídrico de la epidemia y aconsejó que se cerrasen dos de los manantiales que abastecían de agua a la ciudad. Cuantos se veían lesionados en sus intereses con la adopción de tal medida, protestaron y emprendieron contra Turró una campaña difamatoria. Él

na sobre "Epidemias y endemias tíficas" en el que expuso magistralmente los mecanismos por los que pueden producirse y mantenerse tales epidemias en las grandes ciudades, y resumió con gran claridad la historia de la triste epidemia de 1914, y el calvario que él hubo de recorrer hasta ver impuestas sus ideas y conseguir que se le hiciera justicia, cosa que logró cumplidamente según se demostró en un banquete celebrado en su honor, al que concurrieron hasta sus mismos detractores.

Turró, íntimo.

Desde hace muchos años tenía su domicilio en Barcelona en un entresuelo del número 10 de la calle del Notariado, donde vivía en compañía de sus hijos adoptivos don Vicente Dantí y doña Ana y don Gorgonio Canet.

Acudía casi todas las noches a la *Maison Dorée*, café de la Plaza de Cataluña desaparecido recientemente, formando parte de una *peña* que gozaba de

cología experimental", no puedo imaginarme al doctor Turró, alrededor de la mesa de la *Maison Dorée*, sino como otro hombre. Debía ser tan profunda su aversión por el *snobismo* culteriano, que se podía hablar con Turró durante medio año en la mesa del café sin llegar a descubrir que aquel hombre era un sabio. Su palabra sencilla, salpicada con algunas interjecciones, parecía la túnica humilde sobre la que se ocultaba la condescendencia de una observación



Turró en 1915, en su despacho de la calle del Notariado.

celebridad. Ya de madrugada, se retiraba a su casa donde se ponía a trabajar hasta bien entrada la mañana en que se acostaba. La tarde la pasaba en el Laboratorio Municipal.

Uno de sus contertulios de café, el abogado y ex diputado don Pedro Corominas, ha trazado de Turró la siguiente silueta:

"Quien por vez primera le viese entrar en el café en una noche de invierno, embozado con su capa vieja, sin afeitarse y calado hasta los ojos el sombrero flexible, con las mandíbulas apretadas por un gesto habitual de la boca, y con su mirada penetrante, lo hubiera tomado por un conspirador de la época romántica.

Habiéndole oído más de una vez disertar magistralmente sobre cuestiones científicas en "L'Institut d'Estudis catalans", o en el "Laboratorio de Psi-

amable. Entonces podía decirse que hablaba Turró en función de su bondad.

Pero en la discusión violenta, su gesto habitual cambiaba radicalmente. Entonces su palabra era un asalto de esgrima con el florete de punta. Sus labios se contraían marcando una comisura lisa, apretaba las mejillas y su mirada relampagueaba detrás de la barricada huraña de sus cejas. Como si quisiera tomarse un descanso para volver al ataque con más brío, era característica en él una aspiración enérgica, casi silbante por las fosas nasales. Su brazo, gesticulando, tomaba parte en la conversación que casi infundía respeto y miedo.

La ira de Turró constituía un hermoso espectáculo, sobre todo para quien no era objeto de ella".

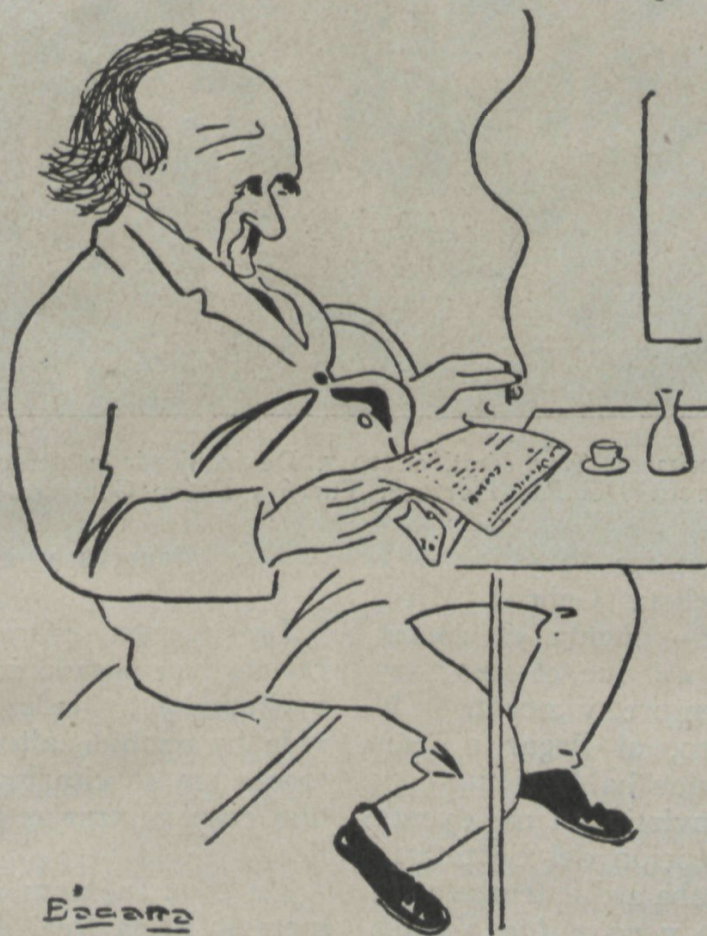
Turró tenía una verdadera pasión

por el tabaco. Cuando se penetraba en su despacho diríase que se podía mascar el humo de los cigarros.

Hace unos diez años le apareció en la lengua un nódulo canceroso que le fué extirpado con éxito. El médico que le asistía le aconsejó que se abstuviese de fumar. Turró no siguió el consejo; continuó fumando si bien, mientras se le cicatrizaba la herida de la lengua, cubría ésta con una caperuza de goma para evitar el peligro de mojarla con la saliva impregnada de nicotina.

El verano y el otoño los pasaba en su casa de San Fost, pintoresco pueblecillo del Vallés, donde su cuerpo enfermo se fortalecía y su espíritu sencillo se manifestaba libre de los convencionalismos de la ciudad.

Turró vivía en su retiro de San Fost rodeado del afecto cordial de todo el pueblo a la manera de Tolstoi. Vestía con la misma sencillez que los vecinos más modestos y le gustaba conversar con ellos. Su casa, conocida por la *casa del señor*, era el puerto de refugio don-



Turró tomando café en la *Maison Dorée*. (Caricatura de Bagaría).

Su afición a la lectura se manifestaba de un modo original. Al hojear un libro adivinaba enseguida dónde se hallaba lo interesante y separaba estas páginas del resto de la obra. En sus bolsillos no llevaba libros, sino páginas sueltas que muy fácilmente se le extraíaban, obligándole a comprar otro ejemplar. Para ponderar el valor de una obra, decía las veces que la había comprado.

de hallaban amparo moral y material los necesitados. El auxilio, el consejo, la orientación en un momento difícil, los obtenía siempre quien acudía a visitar al *señor*. Su bondad rústica y sin afectación que irradiaba de su figura venerable alcanzaba a todos.

El nombre de San Fost, de esa pequeña aldea, ha adquirido resonancia merced a Turró. Podríamos formar una larga lista con los nombres de las gran-

des figuras de la Fisiología, la Biología, la Filosofía y la Medicina que a su paso por Barcelona han querido estrechar la mano de Turró en su retiro de San Fost. Tales visitas las recibía el maestro con el mayor agrado, pero sin alterar su habitual sencillez.

Cuando don Miguel de Unamuno quiso conocer a Turró, le acompañaron

que yo sostengo acerca del hambre y de la sed”.

La muerte ha tronchado inoportunamente los propósitos del maestro, impidiéndole también terminar un libro que escribía sobre el equilibrio y otros sobre el sentido del tacto y el método objetivo.



Fotografía hecha en Sant Fost, en 1917. De izquierda a derecha: L. Cervera, Del Río Hortega, Turró y Pedro González.

a San Fost los doctores Pí y Suñer y Bellido y el novelista Gabriel Miró. “Durante el viaje — cuenta el doctor Bellido — *don Miguel* fué el *amo*; estuvo hablando siempre y nosotros le escuchábamos. Pero, al llegar a San Fost, fué Turró quien habló siempre, y *don Miguel* se convirtió en un oyente más, con gran decepción del Secretario del pueblo que deseaba ardientemente escuchar a Unamuno y no a *don Ramón* con quien hablaba todos los días”.

En la placidez de la vida del campo, el cerebro de Turró no permanecía inactivo. En su despacho, dormitorio y biblioteca, todo en una pieza, trabaja diariamente trasladando a las cuartillas sus ideas sobre los más profundos problemas filosóficos y biológicos.

—“No quisiera morir—decía recientemente—sin haber demostrado con argumentos definitivos y con las pruebas experimentales más objetivas, la tesis

Honores y distinciones.

Los méritos extraordinarios de Turró no han pasado inadvertidos. En las múltiples actividades en que invirtió su vida ha recibido altos honores y distinciones sin solicitarlas ni desearlas, porque eran contrarias a su natural sencillez.

En 1892 fué nombrado académico numerario de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, y años después vicepresidente de la propia corporación. Presidió la “Academia i Laboratori de Ciències Mèdiques” de Barcelona y en 1905, al constituirse el Colegio Oficial de Veterinarios de esta capital, fué nombrado Presidente del mismo, pronunciando al tomar posesión del cargo, el magistral discurso que publicamos en otro lugar de este número.

Cuando Prat de la Riba fundó el “Institut d’Estudis Catalans” le nom-

bró miembro de la Sección de Ciencias. Fué asimismo Presidente de la “Societat de Biologia de Barcelona”, y en 1917, al celebrarse aquí la memorable IV Asamblea Nacional Veterinaria presidió el Comité organizador y pronunció el discurso de apertura del magno certamen.

mo aniversario de la fundación de la “Societat de Biologia”. En este acto solemnísimamente, al que se asociaron o concurrieron las más altas representaciones políticas y culturales de Cataluña, se hizo entrega a Turró de una placa de oro con su busto grabado en relieve, obsequio de sus amigos médicos y vete-



Turró acompañado de los doctores Carracido y Cortezo, antes de pronunciar su conferencia en la Residencia de Estudiantes. (Madrid, 1917).

Dió conferencias en la Academia Nacional de Medicina y en la Residencia de Estudiantes de Madrid, y en 1924 al inaugurarse en Valladolid el IX Congreso de la “Asociación Española para el progreso de las Ciencias”, se le confió el discurso inaugural que versó sobre el tema *La disciplina mental*, y que hubo de leer el doctor Marañón, porque los achaques de Turró no le permitían trasladarse a la capital castellana. Era socio de honor de la Academia de Medicina de Buenos Aires, y miembro correspondiente de la “Société de Biologie” de París.

Pero el acto más importante fué el celebrado el 14 Diciembre de 1922 en el Palacio de la Generalidad, de Barcelona con motivo de conmemorar el déci-

rinarios, y de allí salió la iniciativa del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona, de instituir el “Premio Turró” formado con los intereses de un capital recaudado por suscripción entre los veterinarios españoles.

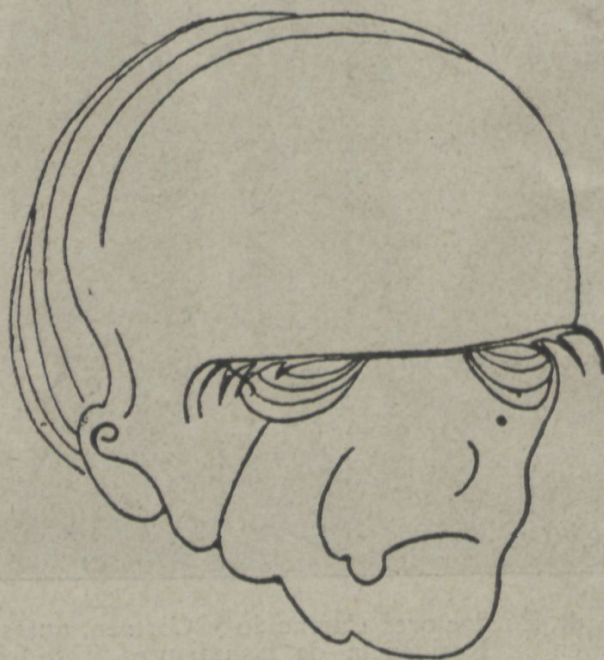
El doctor Bofill y Pitxot, en esta solemnidad memorable, leyó un magnífico discurso, del que reproducimos a continuación los principales fragmentos, que son como una síntesis de las ideas científicas de Turró más originales:

“Muy acertadamente la *Societat de Biologia* ha decidido asociar a la celebración de su décimo aniversario, el nombre del doctor Turró, para conmemorar el mérito de quien, en su dilatada vida de trabajo ha dado a conocer en revistas y otras publi-

caciones del país y extranjeras, una serie de teorías acerca de actos fisiológicos, etiología morbosa y notables procedimientos de extracción de fermentos celulares, mediante la entrega de una medalla que el doctor Turró no debe considerar como premio a su labor, que sería insignificante si sólo se mirase su valor material, pues, más que otra cosa, es un objeto representativo de una manifestación del afecto, y admiración que todos le profesamos y que indudablemente será para él lo que más avalore el obsequio.

disciplinas que por mucho tiempo había mirado con indiferencia, y que continúa igualmente en nuestro país, en la mayor parte de escuelas de veterinaria, en las que la burocracia profesional se opone como en muchos otros ramos, a su progreso. Los conocimientos que, además, adquirió cuando cursaba la carrera de medicina, constituyeron el fundamento elemental de su actuación futura.

Pero Turró se ha interesado también siempre por la filosofía, habiendo informado to-



Caricatura de Turró hecha por Bagaría, cuando aquél dió su conferencia en la Residencia de Estudiantes. (Madrid, 1917).

Es muy difícil averiguar el proceso evolutivo entre el pasado y el presente de un hombre, pero con frecuencia existe una ilación de los hechos que sirve para explicarlo. Turró se ha sentido siempre atraído por la solución de los problemas biológicos; por ello estudió la carrera de Veterinaria, que en la actualidad es una de las que exigen más serios conocimientos técnicos y un bagaje científico más importante. La medicina humana y la de los animales, entre los que, desde el punto de vista orgánico y fisiológico no hay más que diferencias cuantitativas, se apoya sobre las mismas bases, y el veterinario se ve obligado a iniciarse, al igual que el médico, en el conocimiento de

da su obra esta orientación original, que tan bien armoniza con la amplitud de sus concepciones. Siempre se anticipó a su tiempo, lo cual da a menudo la sensación de que parece que sus trabajos no encajan con las ideas de un momento determinado. Pero, con el tiempo, el avance progresivo de la ciencia ha venido a darle la razón, por lo que, a medida que transcurren los años, va destacándose cada vez más su figura.

En 1880 publicó su primer ensayo de fisiología, ocupándose de la circulación de la sangre. Entonces imperaba el criterio puramente mecánico de Marey; parecía que la fisiología había de volver a los tiempos yatro-mecánicos; pero los diferentes éxitos lo-

grados por el sabio francés introduciendo en la técnica fisiológica los métodos de registro gráfico, de un modo especial en el estudio de las funciones circulatorias, llevaban a imaginar que el funcionamiento de muchos órganos estaba sometido a reglas de pura mecánica. La circulación era entendida como un mecanismo de impulsión de un líquido por medio de un sistema de conducción; el corazón funcionaba activamen-

tinuadores sobre la de los capilares han venido a confirmar plenamente las intuiciones de Turró, demostrando que en la circulación sanguínea ha de tenerse en cuenta la actividad de los vasos (que son algo más que cañerías inertes) tanto como la del corazón, y lo esencialísimo que resulta la coordinación funcional de la totalidad del sistema.

Siempre ha sido una característica de los trabajos de Turró y de sus intuiciones, la



Aspecto que ofrecía el Salón de Actos del Palacio de la Generalidad de Cataluña, al serle entregada a Turró la placa de oro en su homenaje. (1922).

te; en cambio, los vasos permanecían casi en absoluta pasividad. Tal era el credo universalmente reconocido. Turró arremetió violentamente contra esta general convicción; de la observación de que ciertas arterias son más anchas en el cadáver, en el que no puede existir la distensión provocada por el trabajo cardíaco como en el ser vivo, y por otros hechos numerosos bien interpretados, llegó al concepto, rico y provechoso de la intervención activa de los vasos en los fenómenos de la circulación. El minucioso estudio de la vasomotricidad arterial primero, y más recientemente la de las venas, y sobre todos los trabajos de Krogh y sus con-

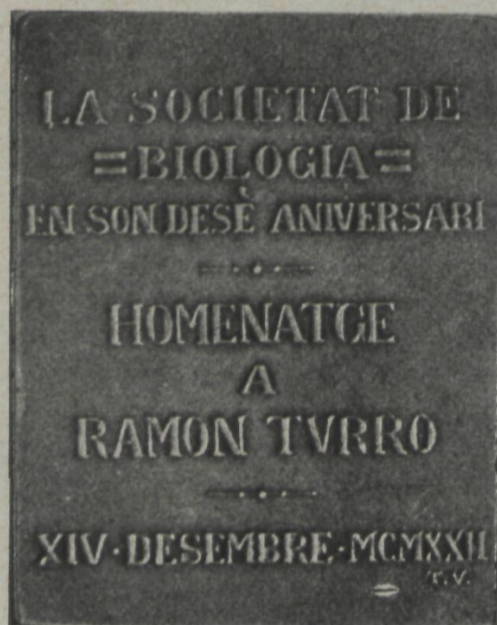
mirada comprensiva que le hace prever lo que hallarán a su paso años después los investigadores de visión más corta. Hoy se da toda la importancia a la intervención vascular en los fenómenos de la circulación, y a la perfecta coordinación funcional entre el corazón y los vasos, conceptos que tienen en la actualidad segura aplicación al diagnóstico y tratamiento de las enfermedades circulatorias.

El libro de Turró sobre la circulación de la sangre, del que se han publicado dos ediciones en francés y otra en castellano, que fué muy discutido al aparecer, conserva hoy todo su valor y demuestra lo limitados que

eran los procedimientos de investigación y las orientaciones científicas al finalizar el siglo XIX en fisiología y patología de la circulación.

En el Laboratorio microbiológico municipal de Barcelona fué donde primeramente ejerció sus actividades, de donde hubo de salir más tarde por la incompatibilidad radical con el hombre que entonces lo dirigía. Pasó después a la Facultad de Medicina de acuerdo con el catedrático de patología don Jaime Pi y Suñer, organizando un laboratorio de bacteriología en el que se interesó

por la perseverancia y tenacidad con que las llevó a término. Fueron iniciadas en 1900 y persisten igualmente en 1921 en cuatro comunicaciones consecutivas publicadas en los *Comptes rendus de la Société de Biologie*, de París y en el trabajo publicado en el último número del *Journal de Physiologie et Pathologie générale*. Reinaba con dominio absoluto e incontrastable en las ciencias la teoría fagocitaria de Elías Metschnikoff, sabio eminente y de fama universal. Según ella se daba como cosa cierta que los glóbulos blancos de la sangre son los elementos



Anverso y reverso de la placa que la *Societat de Biologia* de Barcelona regaló a Turró con motivo de su homenaje.

cada vez más en todo lo relativo a los procesos de defensa natural contra las infecciones. Al morir el doctor don Jaime Pi y Suñer aceptó la dirección del laboratorio de bacteriología de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas, pasando más tarde a la dirección del Laboratorio bacteriológico municipal que hoy tiene a su cargo.

En sus investigaciones se nota siempre la preocupación fisiológica.

Prescindiendo de algunos descubrimientos técnicos de orden más secundario, como son el cultivo del microbio de la blenorragia en los medios ácidos, el del neumococo en los fuertemente glucosados, el cultivo de los microbios anaerobios y otros, descuellan sus investigaciones sobre la inmunidad natural

encargados del exterminio de los microbios que penetran en el organismo salvándole así de la infección. El hecho fundamental sobre el que se ha levantado la teoría, está claramente demostrado. Los glóbulos blancos en presencia de las bacterias, las aprisionan con sus movimientos amiboideos, las engloban en su protoplasma y las deshacen. El espectáculo, visto en la platina del microscopio, es de lo más sugestivo que se puede observar; pero sin negar que constituye un medio defensivo hay que reconocer que no es el único. La escuela alemana había ya demostrado que el suero sanguíneo disuelve también los microbios ingresados en el interior del organismo, y como que la sangre es el medio natural en que viven los elementos

celulares, es evidente que este medio de defensa debe estimarse de mayor eficacia que la que se ha atribuido a los glóbulos blancos.

Así fueron contrapuestas ambas escuelas para explicar la resistencia natural que opone el organismo a la infección: la llamada teoría celular y la teoría humoral. Cuando más viva era la lucha entre una y otra, en una serie de trabajos publicados desde 1900 a 1905 en las más acreditadas revistas alemanas y en alguna francesa, Turró demuestra que no son únicamente los glóbulos blancos de la sangre los que poseen la propiedad de destruir las bacterias que engloban en su propia masa, sino que tal propiedad es común al protoplasma de todos los elementos celulares. En el jugo de la carne y de la glándula tiroides obtenido mediante el prensado, se deshacen con gran energía las más diversas especies bacterianas a la temperatura de 37°. Reduciendo a una fina pasta el páncreas, hígado, glándulas seminales, ovarios, bazo, tejido pulmonar, etc., macerándola en agua salina y filtrándola después, se obtienen jugos que también atacan a los microbios y los disuelven con más energía que los glóbulos de la sangre y el suero sanguíneo. En vista de que las propiedades bacteriolíticas son comunes en mayor o menor grado a todos los plasmas celulares, era lógico creer que la disolución de los microbios en el humor sanguíneo no era una propiedad nativa o inherente a este humor, como sostenía la escuela humoral, sino que se lo comunicaban los mismos plasmas vivientes, hecho que Turró y Pí y Suñer en colaboración fecunda, demostraron de la manera más convincente, poniendo de manifiesto, valiéndose de la crioscopia, que así que la sangre lleva en disolución mayor cantidad de plasma celular, se manifiesta más activa su potencia contra las bacterias. Turró desde 1905 hasta hoy ha seguido aportando nuevos trabajos en demostración de su tesis, ampliándola y articulándola con los progresos de la química biológica. Hoy se encuentra ya a una larga distancia de sus primeros puntos de partida, y sin que su obra se haya todavía impuesto del todo y la investigación se haya lanzado por los nuevos de-

rrroteros que señalan sus descubrimientos, debe afirmarse que ha hecho tambalear la teoría de Metschnikoff en lo que tenía de sistemática y ha replanteado desde un nuevo punto de vista, con más amplios horizontes, la tesis de la teoría humoral. Solamente el tiempo, gran depurador de la verdad científica, llegará a esclarecer la solidez y trascendencia de su obra. Hoy por hoy todo prejuicio sería demasiado aventurado.

Llegado ya a la madurez de su vida, Turró, paralelamente a las monografías apuntadas publica en 1919 en el *Zeitschrift für Sinnesphysiologie*, de Leipzig, la primera memoria sobre el hambre. A juzgar por las suposiciones y comentarios de que fué objeto aquel trabajo en la prensa científica, produjo un efecto de estupefacción. Discutían los fisiólogos, moviéndose en un radio de acción sobradamente empírico y limitado, si la indicada sensación era determinada por el estómago, o si respondía directamente a la necesidad de reparar las pérdidas que experimenta el organismo en su continuo desgaste.

Turró comienza por preguntarse qué es el hambre, y con una sagacidad que un crítico califica de extraordinaria, demuestra objetivamente, mediante una investigación tan impecable como rigurosa, que no existe una sensación de hambre, sino una suma de sensaciones que nos inducen a buscar el agua, la sal, el hierro, los hidratos de carbono, las grasas y las materias protéicas, a medida que, por irse consumiendo, escasean en el seno del organismo. La nueva vía que abre para demostrarlo es expedita, clara y convincente. Si disminuimos, por ejemplo, la cantidad de agua que el organismo necesita valiéndonos de una sangría, de una copiosa diaforesis o mediante una exósmosis intestinal tan violenta como la que sufren los coléricos, se presenta una sed tanto más intensa cuanto más líquido acuoso se ha extraído del organismo. Si sujetamos a cierto enfermo al régimen que la decloruración, a medida que se prolonga la abstinencia de la sal, aisladamente veremos presentarse en él el hambre para este producto, con tal vehemencia, que si se le dejara lo cogería a

puñados. Si se activa la combustión de las grasas para contrarrestar las bajas temperaturas que nos rodean, aparece diferencialmente el hambre de las grasas, y si el frío se acentúa más y más, como ocurre en las regiones árticas, se observa que los groenlandeses y los esquimales ingieren grasa en abundancia tomándola como base de su alimentación. Juntando unos hechos con otros, cada vez más claros y sugestivos, va demostrándonos Turró mediante un análisis sereno y libre de prejuicios, que las deficiencias que experimenta el organismo en su continuo desgaste, son acusadas en la conciencia en diferentes formas de hambres elementales, que introspectivamente no nos es posible diferenciar unas de otras, como no sea acentuándolas aisladamente a manera de tendencias que nos impulsan a ingerir las mismas sustancias que el organismo reclama, como si todas estas hambres no fuesen más que el tornavoz de los elementos orgánicos que reclaman lo que les falta para seguir viviendo. Estas tendencias responden a estímulos periféricos procedentes de lo más hondo de nuestro organismo, y así es cómo vamos adquiriendo la conciencia sensible de lo que nos falta.

La tesis desarrollada en esta primera memoria, se continúa en la otra publicada poco después. Si en la primera nos describe cómo el organismo acusa en la conciencia la substancias que le faltan, en la segunda se estudia cómo llegan a ser conocidas en el mundo exterior estas mismas sustancias, y por el propio estudio vamos iniciándonos en los orígenes del conocimiento que nos pone de manifiesto un mundo nuevo que nadie había penetrado antes que Turró.

Realmente, sorprende la manera de exponernos cómo el niño, con sus sentidos todavía adormecidos, va adquiriendo el conocimiento de las propiedades nutritivas de la leche que le alimenta. Si suponemos que esta leche es aguada súbitamente por un accidente ocurrido a la madre, el niño toma una ración mayor, por cuanto el organismo no puede nutrirse como antes, toda vez que en un mismo volumen encierra menor cantidad de principios fijos; como el hambre de ellos no se satisface, mama más para ex-

tinguirla. He aquí cómo el niño llega a conocer lo que la madre no sabe: que su leche está aguada. Por el contrario, si toma una leche más rica en principios fijos, acorta su ración, porque algo interior le enseña que con menor cantidad tiene bastante. Si la caseína o la lactosa escasean en la leche materna el niño sufre su falta y se muestra irritable; la causa de su malestar es la misma que le desmejora emprobreciendo su organismo.

Paso a paso examina Turró en esta segunda memoria la manera como conocemos mediante las impresiones de los sentidos externos las propiiedades nutritivas de las cosas. De todas ellas conocemos los principios que substancialmente contienen y los que les faltan.

Los orígenes de estos conocimientos primitivos se atribuían antes a una virtud misteriosa llamada instinto; pero Turró, buscando hechos y más hechos, uniéndolos entre sí y formando una cadena admirablemente forjada nos pone de manifiesto la existencia de una sensibilidad interna hasta entonces desconocida, la sensibilidad trófica, mediante la cual nuestra alma llega a conocer las substancias que necesita el cuerpo, como se sabe de antiguo que mediante los sentidos externos llega al conocimiento de dónde están y cómo son en el mundo exterior estas mismas sustancias necesarias para la conservación de la vida.

Desde la caída de la filosofía escolástica, heredera del pensamiento griego sistematizado por Aristóteles, se había roto el enlace que mantiene como unida la vida de la inteligencia superior, y la vida del cuerpo, pero he ahí que Turró con la investigación de nuevos hechos, de naturaleza fisiológica, vuelve a soldar la vida vegetativa, que es la propia del cuerpo que se nutre, con la vida del espíritu pensante haciendo otra vez del alma y del cuerpo una misma unidad. Esta concepción helénica del hombre, mantenida y enriquecida por los más eminentes filósofos de la Edad Media fué deshecha por la moderna filosofía, rompiendo el lazo que vincula las funciones de los centros superiores de la vida intelectual, de los centros inferiores de la sensibilidad trófica, donde se

sedimentan los datos de donde emerge el conocimiento de la realidad de las cosas externas que nos rodean. Procediendo así, ya no es posible averiguar los orígenes del conocimiento, porque, por la tesis se supone que carecen de origen porque nacen de la inteligencia misma, formándose de este modo un concepto del hombre totalmente inverso de como lo formulaba la filosofía griega. Pensando así la mente no nos fué dada para conocer las cosas que nos rodean; es ella misma la que las hace conocer; ellas por sí solas no son más que una apariencia y además esta apariencia es puramente subjetiva, como lo son los fantasmas ilusorios que imaginamos en el nublado que oculta el horizonte.

Las investigaciones de Turró nos conducen de nuevo, por los caminos luminosos de esa experiencia, a la objetividad de las cosas. Su obra, que tanta resonancia ha tenido, la inspira el buen sentido; toda ella está impregnada del buen criterio catalán”

Sus obras

Al formarse el inventario de lo que Turró deja escrito digno de recopilarse en sus obras completas cuya publicación está en proyecto, hay que distinguir sus artículos periodísticos y sus publicaciones científicas.

Dentro de los primeros, prescindiendo de los que escribió en su juventud cuando era redactor del diario madrileño “El Progreso”, merecen recordarse: *En defensa propia*, para rebatir las injustas censuras que se le dirigieron en 1914 con motivo de la epidemia tífica a que antes nos hemos referido; *Verdaguer vindicado*, serie de artículos firmados con el pseudónimo “Un catalán”, en defensa de mosén Jacinto Verdaguer, reunidos después en un libro editado en 1903, con un prólogo de Eduardo Marquina. *De Cajal a Xerinus* y *D’Alomar a Montoliu* (1917), *Després de la pau* y *La més gran derrota* (1922), *La vera historia de Jacint Verdaguer*, notable contribución al estudio biográfico del excelso poeta, *L’ànima y la llengua*, en el que expone sus

ideas acerca de la forma como aparece el lenguaje en los pueblos, y últimamente en Enero de 1925 *Dialects sobre coses d’art y de ciencia*, magnífica exposición de sus teorías sobre la emoción estética. Tiene también una recopilación de poesías *Composicions literaries*, publicada en su juventud (1876).

Como publicista profesional dentro del campo de la Veterinaria, son dignos de mención sus artículos *La Escola*



Dibujo de Turró hecho sobre uno de sus últimos retratos.

de *Veterinaria*, aparecidos primero en “La Veu de Catalunya”, cuya traducción castellana puede verse en el número de Octubre-Noviembre de 1914 de la REVISTA VETERINARIA DE ESPAÑA. En 1911, en celebración del primer aniversario de su existencia la hoy desaparecida “Revista de Veterinaria Militar” publicó un artículo de Turró *La Veterinaria y la sociedad*, que reproducimos en este número.

Su labor científica, muchísimo más nutrida, se halla esparcida en numerosos trabajos publicados en diferentes revistas de aquí y del extranjero y en

sus numerosos discursos y conferencias. Algunos de ellos, por su extensión, han aparecido después en forma de libro. Citemos como más importantes:

Cartas a Letamendi ("El Siglo Médico", Madrid, 1879-80).

El mecanismo de la circulación arterial ("La Independencia médica", Barcelona). Traducción francesa por Jules Robert, París, 1883.

Els orígens del coneixement. La fam (Barcelona, 1912). Traducción francesa. *Les origines de la connaissance*, París, 1914, y traducción castellana, *Los orígenes del conocimiento*, Barcelona, 1914 y Madrid 1921, con prólogo de Unamuno).

La Criteriologia de Jaume Balmes (Barcelona, 1912).

La Methode objective (París, 1916).

La filosofía crítica (Traducción castellana de Gabriel Miró, Madrid, 1916).

La base trófica de la inteligencia (Madrid, 1918).

Endemias y epidemias tíficas (Barcelona, 1917).

La disciplina mental (Discurso inaugural del IX Congreso de la Asociación española para el progreso de las ciencias, Madrid, 1924).

Los fermentos defensivos en la inmunidad natural y adquirida (Barcelona, 1916).

Origen de les representacions de l'espai tactic (Capítulo del libro "El sentit del tacte", Barcelona, 1916. Traducción francesa en el *Journal de Psychologie*, París, 1920).

La enfermedad.

Desde hace 30 años que Turró era diabético. Diez años atrás, paseando por San Fost con el doctor Cervera sintió por primera vez calambres en las piernas. La causa era una asfixia muscular local. Con el tiempo, fueron intensificándose sus dolores en los miembros abdominales hasta que hace pocos meses le apareció una placa gangrenosa en el pie que le obligó a permanecer en

casa. La dolencia progresaba tan rápidamente que los médicos se reunieron en junta para deliberar si sería o no preciso amputarle la pierna. Ante la discrepancia de pareceres, expúsose el caso al ilustre enfermo, quien, con gran entereza de ánimo decidió que le amputasen la pierna a sabiendas de que la operación sería arriesgada y dolorosa. Hechos los preparativos necesarios, Turró que creía profundamente en la existencia de Dios se persignó con gran fervor y el doctor Cardenal procedió a la amputación de la pierna del maestro, que se conserva en el Museo Anatómico de la Facultad de Medicina de Barcelona.

Aunque la operación se efectuó sin ningún contratiempo, los médicos se mostraron desde el primer momento pesimistas, y en este pesimismo les acompañaba el propio Turró, quien decía: "Cuento ya 72 años de edad y soy demasiado viejo para resistir la grave dolencia que me aqueja, pese a los heroicos esfuerzos de los médicos amigos míos queridísimos". Sus tristes augurios, desgraciadamente se confirmaron.

Tan cierto estaba de su próximo fin, que él mismo redactó de su puño y letra su escuela de defunción.

Mientras duró la enfermedad la prensa diaria de Barcelona fué publicando el parte facultativo, dando a conocer el estado del ilustre paciente. Muchísimas personas se interesaban por él y le ofrecían con la mejor buena intención al visitarle remedios, a veces absurdos y estafalarios.

Para librarse de semejante molestia, envió al director del diario *La Publicitat* el autógrafo que a continuación reproducimos, cuya traducción literal castellana dice así:

"Amigo Rovira y Virgili: Para evitarme las molestias que me ocasionan tantos benditos que me vienen con remedios y pruebas, le agradeceré la publicación de la adjunta gacetilla.

Es bien vuestro.—R. Turró.
10 Mayo, 26".

— 197 —

La gacetilla a que se refiere, esta carta dice lo siguiente:

“Los médicos que asisten al doctor Turró atendiendo a la gravedad de su

edad, ha soportado con gran fortaleza durante más de tres semanas los terribles dolores de su enfermedad. Sus discípulos doctores Alomar, Pí y Suñer,

Laboratorio Municipal
de Barcelona

DIRECCIÓN
PARTICULAR

Almij Roviegi i Ujich.

Per evitar les molesties que
me ocasionen tant beneytes per
en venen amb romero y per
betures hi extimeria la public
cacio de l'aportat gacetilla
E. de v. v. v.

[Signature]

20/26 May

Carta autógrafa de Turró, escrita un mes antes de su muerte.

dolencia aconsejan al enfermo que no reciba visitas”.

La resistencia física de Turró era extraordinaria. A pesar de su avanzada

González y Cervera, así como los doctores Cardenal, Ribas y Masdexart, le asistieron con la mayor solicitud hasta el último momento.

La muerte.

El sábado día 4 de Junio, a la una y diez minutos de la tarde, el maestro entregó su alma a Dios.

La noticia circuló rápidamente por la capital, causando dolorosa impresión en todas partes.

Pasó la noche anterior muy intranquilo, sin poder conciliar el sueño y, con gran sorpresa de los doctores Alo-

poco fué extinguiéndose su vida por paresia bronquial.

Manifestaciones de duelo

Al conocer la noticia del fallecimiento del maestro fueron muchas las entidades científicas y culturales que testimoniaron su pésame a la familia del finado y numerosos también los telegramas que, con igual objeto recibió



El cadáver de Turró en la capilla ardiente.

mar y González que le asistían les habló con una lucidez de inteligencia impropia de la gravedad de su estado.

A las siete de la mañana, se intensificó de tal manera la insuficiencia cardíaca que, dándose cuenta de su próximo fin, dijo dirigiéndose al doctor Alomar: "Alomar, me muero". Después de un período de agitación quedó sumido en un estado de postración alarmante. Ante la inminencia del desenlace fatal, fué avisado el párroco de la Iglesia de los Angeles que le administró la extrema unción y le dió la bendición apostólica. A las nueve y media entró en el período agónico y poco a

aquella, de ilustres personalidades. A su vez, los diarios de Madrid y Barcelona dedicaron sentidos artículos enalteciendo la memoria del difunto. En la imposibilidad de reproducirlos todos publicamos algunos párrafos de los más importantes:

"No es posible improvisar en estas líneas de dolor inspiradas por la terrible certeza de la desgracia que nuestros ojos acaban de contemplar con pesadumbre todo lo que sentimos y lo que pensamos en estos momentos de verdadero duelo para Cataluña.

Ha muerto el doctor Turró, una de las figuras más altas de nuestro Renacimiento

integral, uno de los precursores y a la vez uno de los más eminentes representantes de nuestro movimiento científico. Biólogo y filósofo a la vez, era una verdadera figura del renacimiento, de aquel renacimiento del espíritu europeo que señala el comienzo de la edad moderna.

La vasta amplitud de sus concepciones científicas y filosóficas, el admirable espíritu de síntesis con que ahondaba en el estudio de los fenómenos de la inteligencia valiéndose del método fisiológico, la férrea convicción con que buscaba los orígenes inagotables de la verdad única, la enorme substancia racial que impregnaba todo su ser y todo su talento, dan a la egregia personalidad del doctor Turró que acabamos de perder su relieve extraordinario. Ahora mismo acaba de dejarnos y ya su nombre y su obra empiezan a tomar perspectivas históricas.

(La Veu de Catalunya).

“El doctor Turró ha muerto. Si los laboratorios y las academias de ciencia tuviesen campanas, todas ellas doblarían por ese gran jerarca de la ciencia, que se acaba de extinguir después de una larga agonía. Atacado de gangrena diabética, sufrió hace unos días la amputación de una pierna. Los médicos amigos eran pesimistas, pero fueron a la operación esperanzados de prolongar la vida del sabio.

Cataluña pierde uno de sus grandes hombres, con renombre universal. Su libro “Orígenes del conocimiento”, aparecido primero en alemán y en francés que en castellano y catalán, lo consagró como filósofo, como antes sus libros sobre el “Mecanismo de la circulación arterial”, “Fermentos defensivos” y sus estudios de laboratorio lo habían consagrado como fisiólogo y bacteriólogo”.

(La Noche)

“El doctor Turró ha muerto. Después de una vida consagrada al estudio, a la investigación científica y también a las luchas

políticas y sociales, el autor de “Los orígenes del conocimiento” ha rendido su tributo a la tierra.

Si en los últimos momentos de su existencia hubiese conservado el doctor Turró la lucidez de su entendimiento, estoicamente podría haber repetido una frase del discurso leído en la Real Academia de Medicina y Cirujía de Barcelona con motivo de la recepción del académico doctor don Augusto Pi y Suñer, y en la cual, aludiendo al misterio de la muerte, se limitó a decir que la muerte llega cuando la tierra nos llama.

La agonía del ilustre biólogo ha sido lenta, penosa. Ni la paz vegetativa en el campo ni los cuidados de eminentes doctores en la ciudad, han conseguido otra cosa que prolongar los sufrimientos del enfermo, que al fin ha entregado su alma a Dios.

En España y en el extranjero llegó a tener el doctor Turró una relevante personalidad. Al morir contaba 72 años de edad.

Nos descubrimos devotamente ante el cadáver del hombre de ciencia, enviando a sus familiares la expresión de nuestro sentido pésame”.

(La Vanguardia).

“Acariciado por el amor de sus discípulos y por el cordial afecto de sus compañeros, el doctor Turró ha cerrado los ojos para siempre y ha exhalado el último suspiro.

En la terrible lucha hace meses iniciada, la enfermedad ha vencido al organismo viejo y achacoso por una vida de actividad demasiado intensa y una tensión espiritual abusiva. La fortuna que, egoísta, ofrece muy de tarde en tarde a los pueblos un hombre genial para que haga un buen papel con sus cosas en el mercado de la cultura había honrado a Cataluña con el nacimiento de Ramón Turró. Hoy nos lo arrebató. Que su recuerdo sea perpetuamente entre nosotros una prueba de que hemos sido dignos de él y que sabemos agradecer su aportación.

Si Cataluña dejase de hacer justicia a la gran valía de la obra que le deja su hijo genial, pasará por la vergüenza de ver como

se la hacen los hombres de más allá de las fronteras, porque la obra de Turró, hoy ya querida y apreciada en los centros culturales de todo el mundo se cotizará con el tiempo a precios altísimo. Cuando se escriba la historia de la medicina catalana la figura de Turró y su labor pedagógica, marcarán el punto final de una época de desvarío y el comienzo de un resurgimiento que la incorpora a la labor fructífera de los grandes centros mundiales.

En estas horas en que el cadáver del maestro todavía está caliente, y nuestro espíritu se dispone a aprender a confortarse ante el hecho irreparable, nos sirve de alivio garabatear sobre el papel estas palabras de gratitud en forma de despedida”.

(*La Publicitat*. Artículo del Dr. Cervera).

“He leído, no sé dónde, que los Colegios de Doctores han pedido a un señor Ministro, que impida el empleo abusivo del título. Me parece bien. Pero el que todos llamaban, en Barcelona, *el doctor Turró*, no era doctor. Asómbrense los doctores colegiados: no era más que un veterinario. Ahora bien: jamás se le habría ocurrido a él ostentar una dignidad que oficialmente no le correspondiera. Eran los demás los que le llamaban doctor. Era el pueblo el que le había otorgado el grado. Habrá que perseguir al pueblo, al *demos* anónimo, a la conciencia colectiva, por usurpación de funciones.

En las horas tardas de la noche, por las Ramblas—Turró fué un noctámbulo empedernido—, cuando asomaba su cabeza de Wagner en trance de parto de los Nibelungos, los transeuntes cuchicheaban familiarmente: “es lo ductó Turró”. En la aldea del Vallés—San Fost de Capcentelles, gran nombre romántico para un grupito de casas escondidas en un recodo de las verdes colinas—en que se asentaban su hogar y los diez palmos cuadrados de sus viñedos, cuando se encendían las querellas de la pequeña vida rural, todos a una acudían a él, todos apelaban al *ductó Turró*. Decían de él “doctor”, como Francesca dice a Dante, de Virgilio, *e ció sa il tuo dottore*: el que todo lo sabe, el que guía y conduce a los demás.

Turró ha sido un hombre de quien difícilmente podría decirse si la obra supera a la personalidad o la personalidad a la obra. Le imagino sin haber escrito una sola línea, y no me parece sentir menguado en nada ni el interés extraordinario de su persona ni la estimación y devoción que engendraron en torno suyo su carácter y la robusta textura de su espíritu.

Espiritualista y conservador, se asía desesperadamente a las cosas reales, al objeto de experimentación, renegando en ocasiones de toda ideología e intentando derrumbar con gestos de iconoclasta a las más bellas construcciones de la inteligencia. La crítica de Descartes y de Kant, sobre todo de la teoría kantiana del conocimiento (en *Filosofía crítica*, 1920), adquiere a veces en Turró una épica violencia.

Con la misma violencia quiso a su gente y a la *dolça Catalunya*; quiso a sus amigos y, sobre todo, quiso la verdad”.

(*El Sol*, de Madrid. Artículo del Dr. Pitalluga).

El entierro

El domingo día 5 de Junio, a las cuatro de la tarde, en verdadera manifestación de duelo, Barcelona rindió su último homenaje al eminente biólogo. La ciudad, que había seguido con vivísima inquietud el curso de la enfermedad del maestro, exteriorizó en el acto del entierro la veneración profunda que le profesaba y el dolor que le produjo su muerte.

El féretro fué bajado en hombros de varios discípulos a quienes más había distinguido Turró con su afecto, y colocado en el coche fúnebre.

La presidencia del duelo estaba formada por el alcalde señor barón de Viver, el canónigo doctor Llobera, presidente de la Sociedad Catalana de Filosofía, los doctores Pi y Suñer y González y don Jesús Luque, en representación del Colegio de Veterinarios.

Seguía detrás la familia del finado, sus albaceas testamentarios y una comisión formada por las autoridades y el

cura párroco de San Fost (San Faust de Capcentellas), acompañados de numerosos vecinos.

Formando parte del cortejo fúnebre, que era numerosísimo, había las más ilustres personalidades de la política, la ciencia y la literatura cuya enumeración sería interminable, así como la casi totalidad de los veterinarios y médicos

Descanse en paz

Ramón Turró fué un hombre de cerebro y corazón divinos que vivieron siempre angostos en las cavidades que los contenían y pugnaron incesantemente por agrandarlas. Más de una vez se le calificó de Quijote. Pero don Quijote fué un loco digno de asistencia, y



Entierro de Turró: Coche fúnebre.

de la capital y de los pueblos próximos.

Llamaban la atención, entre las numerosas coronas que le fueron dedicadas, una de monumental ofrecida por el Colegio de Veterinarios de Barcelona.

El cadáver recibió cristiana sepultura en el cementerio de Las Corts. Antes de proceder a la inhumación, el doctor González abrió el ataúd, para que los amigos y discípulos del maestro le contemplasen por última vez.

En nombre de la familia del finado el prior de San Jordi, mosén Antonio Berenguer dió las gracias a los asistentes al acto, y recordando la vida de Turró, toda laboriosidad, honradez y amor a la ciencia, suplicó a cuantos recibieron en vida los beneficios de su bondad, que no le olviden después de muerto que recen por el descanso de su alma, y que sigan sus enseñanzas para dar días de gloria a nuestra patria.

Turró uno de los genios más equilibrados y rebosantes de buen sentido y óptimos sentimientos. El hidalgo manchego salió descalabrado de casi todas sus aventuras. Turró triunfó siempre que se lo propuso.

Fué siempre un caballero andante del bien, de la verdad y de la belleza. Por esto salió a la palestra en defensa del padre Verdager, "no ya por la gloria indiscutible del poeta, sino por la santidad de su nombre excelso", según escribió movido por el nobilísimo impulso de su generoso corazón, y por la disciplina de su espíritu luminoso, puesto siempre al servicio de la verdad, que, como también escribió, "tiene imperiosas exigencias y hay que someterse a ellas". Por la misma razón escribió hace poco más de un año, tres *Dialectes sobre coses d'art y de ciencia*. En una nota marginal del primero, después de declarar que sus ideas estéticas datan

ya de muchos años y coinciden con las de Santo Tomás, advierte que ya no escribe cuando quiere, sino cuando puede, porque una grave dolencia obscurece de vez en cuando su entendimiento.

Entendimiento que si, al fin, se apa-

gó, tras larguísima lucha, sigue y seguirá refulgiendo, como esos astros alejados de nosotros por siglos de luz y acaso también apagados, en la misma constelación de Mata, Prim, Fortuny, Balmes, Bartrina, Letamendi, Pi y Margall, Verdaguer y Guimerá.

Turró, veterinario.

Turró era casi médico, gran fisiólogo y gran bacteriólogo cuando decidió ser veterinario. Se ha dicho que para ser médico le faltaba solamente aprobar la Medicina legal y revalidarse, pero que no quiso examinarse de esta asignatura por temor al doctor Valentí Vivó, que la explicaba entonces en Barcelona. La cosa es poco verosímil. Turró y Valentí colaboraban con gran asiduidad en *La Independencia Médica*, eran hombres de laboratorio entusiasmados, tenían ideas muy parecidas y coincidieron más de una vez en campañas higiénicas y hasta sentimentales (por ejemplo, en la defensa del padre Verdaguer). Es absurdo pensar que Turró tuviese miedo de ser examinado por Valentí. Pero, aún admitiéndolo, es evidente que Turró, si hubiese querido, se habría examinado de Medicina legal en Madrid, cuando fué a vivir a la Corte, pocos años después. Probablemente no quiso ser médico por alguna otra causa o repugnancia, por ejemplo la aversión a la ciencia oficial, como admite su biógrafo L. Cervera. Es indudable que lo importante para Turró no era el título de médico, sino las ciencias médicas, que precisamente renovaba entonces Pasteur, de modo maravilloso, sin ser médico. ¡Quién sabe si Turró desdeñó el título de médico influido por tan alto ejemplo!

Mas ¿por qué accedió, años después, a ser veterinario? Al decidirse a serlo, en Barcelona había una vacante de ve-

terinario municipal. Si lograba ocuparla, sería destinado al Laboratorio bacteriológico recién creado en esta ciudad, y en él hallaría el mejor campo para desarrollar su extraordinaria vocación de investigador de la biología y de la bacteriología. Turró suspiró siempre por un buen laboratorio. Y, en aquellos días, el municipal de Barcelona era quizás el más deseado por él. Por otra parte, la veterinaria progresaba entonces de modo asombroso. En la vecina Francia, la cultivaban con sumo éxito colosos como Toussaint, Galtier, Nocard, Arloing, Chauveau y el propio Pasteur. La enorme resonancia de los trabajos veterinarios de Pasteur llegó a generalizar la creencia de que también este glorioso químico era veterinario. Pero, digámoslo todo, cuando tomó la resolución de ser veterinario, Turró necesitaba estabilizar su situación económica para poder dedicarse tranquilamente a la investigación.

Costó mucho, sin embargo, hacerle ir a examinarse a la Escuela Veterinaria de Santiago. Fueron menester la voluntad incontrastable de su gran protector don Jaime Pi y Suñer y el poderoso influjo de sus grandes amigos y acaso parientes, los hermanos Darder, veterinarios distinguidísimos de Barcelona. En dicha Escuela, Turró aprobó todas las asignaturas y la reválida de la carrera veterinaria en dos convocatorias consecutivas, de Junio y Septiembre. Fué una suerte para Turró

y para la veterinaria española, que no predominará en aquella escuela el men-
guado criterio que a la sazón solía im-
perar en otras de considerar a los alum-
nos libres como contrarios a la exis-
tencia de las escuelas, por lo cual no
eran admitidos en ellas o eran suspen-
didos ilegal y despóticamente. ¡Como si
entre los alumnos libres no hubiese ha-
bido siempre los más aprovechados, y
como si precisamente los grandes hom-
bres de talento no hubiesen sido princi-
palmente autodidactos! Bien claro lo de-
mostró el propio Turró, llegando a ser
uno de los más insignes bacteriólogos
del mundo, sin haber aprendido direc-
tamente la bacteriología de maestro al-
guno. Gracias, pues, a la discreción,
rectitud, espíritu de justicia y respeto
a las leyes vigentes de los profesores
de la Escuela de Santiago, Turró pudo
ser veterinario, y por ello, entrar en
el elenco del personal sanitario del mu-
nicipio barcelonés, y más tarde llegar
a dirigir, el Laboratorio Municipal de
Barcelona, en el que realizó la más bri-
llante de las campañas efectuadas en
España en los dominios de la fisiología,
la bacteriología, la patología experimen-
tal y la higiene práctica, formando una
escuela sólo comparable a la de Cajal
y acaso superior a ella por el número
de los discípulos. Qué jamás olviden és-
to quienes indirectamente, deben buena
parte de su suerte a los dignos profe-
sores de la Escuela de Veterinaria de
Santiago de Compostela, y en particu-
lar a quien entonces era Director de
ella señor Alarcón.

Una vez en posesión del título de
veterinario, Turró siguió cultivando la
bacteriología, la fisiología y la medi-
cina experimental. No pensó en dedi-
carse a la clínica. Solamente ayudó, en
una ocasión, a su amigo don Francisco
de A. Darder, Director de la Colección
Zoológica del Parque, a dilatar un abs-
ceso de un león. Según cuenta Cervera,
Turró era el encargado de pinchar el
absceso. Naturalmente, al efectuar la
operación, el animal hubo de forcejear

y acaso rugir, lo que fué suficiente para
que Turró huyese a toda velocidad y no
se le volviese a ver en 24 horas. In-
dudablemente, no había nacido para cu-
rar leones, ni mucho menos para vivir
tiznado junto a una fragua, sino para
ser ese veterinario redentor que vela
por la higiene y riqueza pecuarias y por
la sanidad humana, y contribuye, por
añadidura, con trabajos trascendentales,
al progreso de la biología y de la
terapéutica. En este sentido fué Tu-
rró uno de los mayores valores huma-
nos. Fomentó intensísimamente las cien-
cias biológicas y médicas y cuidó como
pocos de la higiene urbana. Nunca le
pagará Barcelona lo que hizo por ella
para librarla de la peste, del cólera y de
la fiebre tifoidea. Tampoco le pagará
España el nutrido y selecto plantel de
investigadores de la biología con que la
dotó.

Pero en este artículo debo hablar de
aspectos más concretamente veterina-
rios del maestro insigne. Y, así, recor-
daré que fué de los primeros en culti-
var con gran fortuna un campo en el
que los veterinarios de lo porvenir ha-
brán de tener gran intervención, como
es el de la elaboración de los medica-
mentos opoterápicos, ya que nadie po-
drá elegir mejor que aquéllos las pri-
meras materias, es decir, las reses y los
órganos destinados a la opoterapia.
También he de recordar sus discursos
profesionales, como presidente del Co-
legio de Veterinarios de la provincia de
Barcelona y como presidente de la IV
Asamblea Nacional Veterinaria. Y he
de recordar, por último, un artículo
acerca de la tuberculosis de las vacas,
escrito y publicado por Turró hace más
de 30 años, y que parece acabado de
trazar por la pluma de uno de los pri-
meros fisiólogos de hoy. En él habla
Turró de la tuberculosis con esa senci-
llez y sabiduría que daban a sus escri-
tos tanta perennidad. Como el malogra-
do Ravetllat—otro veterinario y fisió-
logo inolvidable, cuyos descubrimientos
en punto a tuberculosis están confir-

mándose íntegramente—, Turró expuso lisa y llanamente acerca de la tuberculosis, ideas cuya prioridad se disputan los tisiólogos tres decenios más tarde.

Este y otros trabajos, se insertan en la parte científica del número del mes

actual de la REVISTA VETERINARIA DE ESPAÑA, que dirigió y honró tanto con su pluma el gran masteo y cuyo espíritu seguirá inspirándola y animándola mientras ella viva.

PEDRO FARRERAS

Las enseñanzas de una vida.

Fácil ha sido recoger en sendos artículos y folletos la labor tanto literaria como científica del llorado profesor Turró por parte de sus discípulos, admiradores y amigos, como relativamente fácil ha sido reseñar y divulgar sus obras, sus discursos, sus ponencias bajo el particular punto de vista de cada escritor porque al dominio de la materia que debía juzgar se aunó la paternal confianza con que el insigne desaparecido aceptaba la corrección o el asentimiento del escrito puesto en sus manos; empero ya no es fácil seleccionar los rayos fulgurantes de una sola de sus facetas, a saber, el interés que le mereció la veterinaria profesional delimitada en absoluto de la ciencia veterinaria comprendida siempre entre las ciencias médicas y por encima de todo de la Biología, madre y maestra, fuente y manantial de todos sus conocimientos.

El veterinario rural que no podía frecuentar el trato con Turró, que le era fuerza residir en el campo, por vez primera pudo gustar los frutos de su talento, el día 4 de Enero de 1905 cuando don Julián Mut dió posesión del cargo de Presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona al llorado maestro, y éste pronunció su memorable discurso en el que poniendo a Thiers como modelo de gobernante, anatematizaba a las clases directoras españolas por no haberse apercibido del salto grandísimo dado por la albeitería y por la agricultura al abandonar los procedimientos romanos por otros hijos del

actual progreso. “No han comprendido todavía que así como en otros tiempos todo el progreso se resumía en Santo Tomás o Ramón Llull, en Descartes o en Spinoza, en los actuales no lo sintetizan Augusto Comte, H. Spencer o el neokantianismo, porque toda la vida actual quintaesenciada no ejerce sobre la vida de los pueblos la poderosísima influencia que ejercen los Dumas, Berthelot, Pasteur, Chevreul, Helmutz, Groves, Morse, Marconi y cuantos de esa progenie ilustre, les fuerzan quieras que no a ganarse la vida de otra manera de como se la venían ganando”.

Y a poco de ir alejándose de su memoria la voz, la figura y el ademán del profesor Turró en el sitial de aquella Presidencia que bien pudiéramos considerar obtenida por derecho propio, el veterinario rural recibe un día el programa oficial del “Primer Congrès d’Higiene de Catalunya” junto con el tomo de las ponencias sobre temas oficiales (Junio 1906) y con admiración toca el resultado fecundo de aquel discurso: en la sección de “Enfermedades infecciosas” presidida por el doctor Agustín Bassols, secundado por don J. Mas Alemany como Secretario, encabezaba la discusión el tema “Linfangitis en los solípedos, naturaleza, tratamiento y profilaxis” a cargo de los señores León Baby y Juan Arderius que demostraron ser los precursores de los grandes trabajos aparecidos como relevantes contribuciones al estudio de las mycosis debidas a Boquet y Negre; empero en la misma sección se indicaba el

tema “Influencia del cultivo del arroz en el recrudescimiento del paludismo en Cataluña” a cargo del profesor Ramón Turró, microbiólogo, del doctor Espoña, del doctor Pí y Morell y del doctor Juan B. Mas, y sin embargo, el mismo veterinario rural asistente al Congreso tiene ocasión de contemplar la lucha serena, docta, fulgurante, al discutirse las ponencias “Epidemias en Cataluña” y “Aprovisionamiento de aguas potables y desagües en las poblaciones”, entre el insigne maestro, al que trataban de amordazar con el dictado (que no dictario), de veterinario los émulos y discípulos del entonces catedrático y ponente doctor A. González Prats, concluyendo aquellas agitadísimas sesiones con el desfile disimulado como en procesión de los interpelantes y la disertación caústica, soberanamente técnica de Turró, quien, al triturar los argumentos en contra, iba levantando con su elocuencia meridiana los cimientos de su fama como único higienista científico entre tanta palabrería y petulancia. La enseñanza vivida de tal intervención dependía de la plenitud de una vocación, de una capacidad y de una perseverancia sin par.

En aquel mismo año, en el que, como dice Emerson “la mayor fortuna de un hombre es haber encontrado para su actividad el empleo apropiado de sus congénitas aptitudes” el profesor Turró, maestro de bacteriología de muchas generaciones médicas que habían formado el núcleo del “Laboratori i Academia de Ciències Mèdiques de Catalunya” formulaba un programa moderno, articulado, completo, para las oposiciones a Directores técnico-administrativos de los Mataderos de Barcelona, en cuyo contenido quedaba soslayada la intervención de todos los caballeros más o menos de industria que por padrinazgos políticos iban usufructuando tales destinos y con el régimen preestablecido por dicho programa quedaba eliminada la concesión por parte de los ediles, de una autoridad que nunca debió

alejarse del personal técnico facultativo.

A seguida, por orden cronológico, el Laboratorio Microbiológico Municipal de Barcelona, quedó como cátedra permanente, refugio intelectual, escuela de cultura y hogar de la ciencia patria para los neófitos de la Biología y claro está como no podía menos de suceder, el veterinario rural acudió a aquellos cursos patrocinados por la Comisión Municipal de Cultura en los que el maestro se reservaba para ser tratados con la extensión requerida por sus propios trabajos las grandes cuestiones vitales “Evolución de los conocimientos bacteriológicos”.—“La Bacteriología experimental en Cataluña”. “Biología general de las bacterias”. “La infección”. “Inmunidad” y a renglón seguido en sendas lecciones “Bacteriología general”. — “Ejercicios de Serología general”. — “Análisis bacteriológicos de aguas”. — “Preparación de vacunas y autovacunas”.—“Preparación de Sueros Terapéuticos” y “Análisis de productos alimenticios”.

¿Cómo no debía encontrarse el veterinario rural y alumno, en el Laboratorio si la mirada fascinadora del maestro sobrepujaba su elocuencia llana, básica, sóbria, como rastreando siempre el modo de evidenciar el fondo permanente de las materias en estudio? Una de las características más relevantes del método docente tan suyo, tan *turroniano* (permítase el vocablo) era la indiferencia con que nos mostraba las preparaciones impecables, las coloraciones de contraste incluso artísticas, como despreciando nuestra admiración, pues él sólo buscaba en los técnicos un instrumento de trabajo, hechos tangibles demostrativos de las ideas, pero jamás nos exigió fuéramos esclavos del dilettantismo manual, de las filigranas objetivas que decía podían redundar en menoscabo de las concepciones de la investigación científica, de una muy superior altura mental y aún del apasionamiento subjetivo para la rebusca experimental. De este modo solicitaba las

aptitudes personales para ponerlas a contribución y de cada alumno poder hacer un poeta de la ciencia saturado del interés especulativo con ideas propias, excitando su celo por la investigación y alejándolo de las operaciones manuales brillantes y hueras. El profesor Turró creaba su escuela, y en ella se constituía la antesala para penetrar al templo de los misterios biológicos.

Años después, y en su residencia pueblerina, el profesor Turró concedió largas conversiones al veterinario rural, que, perplejo, podía con frecuencia contemplar cómo los Directores generales de Sanidad, los altos Inspectores de la Higiene Pública, las Autoridades sin distinción de categorías, iban a consultarle sus apuros y sus dudas cuando la salud pública estaba al borde de una catástrofe, y este pobre veterinario se preguntaba admirado, cómo el profesor Turró que daba consejos, resolvía las consultas y llegaba a redactar bandos gubernativos en materias de sanidad, no había sido jamás Inspector general de nada, ni siquiera se le había brindado la Inspección General de Higiene y Sanidad Pecuarias. Por ello, por los hechos que ante sus ojos pasaban sin cesar, el veterinario consideró y considera, aún distanciado de otros criterios, al profesor Turró, social y exclusivamente en el terreno científico como un higienista, como A. Proust y Vallin en Francia.

En 1917 (21 de Octubre) pronuncia en la IV Asamblea Nacional Veterinaria el profesor Turró un magnífico discurso que el veterinario rural recuerda cincelado en su memoria, especialmente cuando levantado de su asiento y arrebatado por la elocuencia fustiga a los Poderes, exclamando: “¿Cómo asombrarse de que un Chauveau, por ejemplo, fuese llevado a la Presidencia del

Comité de la Salud Pública, la suprema corporación sanitaria de Francia? ¿Qué hombre de sano juicio podía escandalizarse de los nuevos crecidos sueldos que se le señalaban por parte del Estado y de los municipios, si al fin y al cabo no era esto más que un reconocimiento de un valor real que a pulso se había ganado?”. Y este párrafo fué subrayado por una delirante ovación, mientras la Veterinaria patria respondía en los ámbitos de toda Iberia preguntándose, a sí misma: ¿por qué Turró no es honrado de la misma manera que Chauveau?

Dentro su limitada esfera, la Mancomunidad de Cataluña, que se había erigido en Musa egregia de la cultura, quiso rendirle un homenaje al Maestro y resultó tan brillante que nunca vieron los tiempos tantas corporaciones científicas reunidas rindiendo pleitesía a un hombre, y de allí surgió la idea del Premio Turró, confiado al regazo del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona, más el apartamiento en espíritu de sus congéneres en circunstancias aún presentes, ha hecho imposible llevarlo a cabo, y aquí, en este punto, dolido en el alma, transido de pena, el veterinario rural, que conserva un respeto idolátrico para el Maestro, quiere terminar, por cuanto enfrascado en la lectura de un discurso abre sus páginas en un momento en que se lee: “Nada le es más difícil al hombre que darse cuenta de lo que positivamente no sabe: la vanidad le impulsa como el viento las velas de la nave y cree saber hasta lo que ignora..... la sabiduría no consiste en pensar mucho, sino en pensar bien y en callarse cuando buenamente no se puede hablar”.

C. R. DANÉS CASABOSCH.

Turró, el de la IV Asamblea Nacional Veterinaria.

Apesar de que el maestro, como es sabido, fué veterinario *per accidens*—y él mismo no se recataba de afirmarlo—, es muy sabido, también que siempre, cuando el deber a la clase culminaba hacia un punto donde vacilara el empuje profesional, bastábale una sencilla indicación por parte de los compañeros, en especial de sus alumnos del Laboratorio, para que, decididamente, estuviera a nuestro lado y con el grito portentoso de su nombre y la inmensidad focal de su prestigio fueran disipadas inmediatamente las dudas y tinieblas que pudieran hacer peligrar el éxito de toda manifestación de la Veterinaria patria.

Yo sé bien ésto por reiteradas experiencias, siendo Secretario del Colegio Oficial de Veterinarios de esta provincia. Una de ellas, inaugurando un ciclo de conferencias y desarrollando con la gallardía de un tema disparado en la forma contundente, cual catapulta, que utilizaba siempre, para abatir los absorbentes propósitos que cierto estamento oficial apuntaba contra los veterinarios municipales.

Otra, fué el empuñar bravamente la bandera de la organización de la IV Asamblea Nacional Veterinaria, allá para Octubre de 1917, cuando otros más obligados plegaban velas y se quedaban al paio.

Nos decía el maestro a los organizadores: “Habéis equivocado el norte, viniendo a mí para hacerme saludar a toda la España veterinaria, yo que nunca me he preocupado de un cólico ni de la herradura”. Y el día del gran Concurso nos deleitaba con una oración descriptiva de la Veterinaria mundial que dejaba atónita a la inmensa concurrencia, con su léxico impecable y las notas sucintas que calcaban la universalidad de la ciencia zoológica.

Pocos días antes de la sesión inaugural, cuando la Asamblea tomaba el cariz imponente de una solemnidad insospechada; cuando S. M. el Rey aceptaba el augusto Patronato, los ministerios respondían con sus adhesiones, delegaciones y premios; las inscripciones llovían de todos los ámbitos de la patria; cuando, en fin, la nota del día en esta inmensa urbe barcelonesa, era la próxima Asamblea Nacional de los veterinarios, el grande hombre, el profundo sabio, balbuceaba temores de no estar a la altura de las circunstancias, ¡él que alcanzaba la cima de todas las admiraciones del orbe!

Y allá en Madrid, cuando semanas después en la Residencia de Estudiantes sugestionaba a tantas mentalidades con el “imperativo categórico” de su filosofía trófica y era asediado por todos restándole la voluntad para agasajarle, aún perdura en él la presidencia portical de la IV Asamblea, precursora y promotora de su éxito, y con García Izcara, Gordón y cuantos habíamosle acompañado desde Barcelona, acudía al Ministerio de Instrucción Pública para reclamar del paisano Ministro la justicia de unas mejoras para la Veterinaria que los malos hados que inspiran los destinos de nuestra clase han malogrado con sus impetuosas genialidades, cuando no con ingenuos espejismos.

Adolecía, como todos los veterinarios españoles, de esta especie de xenofobia al revés, la xenofilia, que nos acucia para considerar mejor todo lo forastero, sintiéndonos menospreciados socialmente. Pero es porque el maestro quería—como queremos todos sin hacer lo que él hacía, laborar hondo y seguido—, que los veterinarios españoles, apesar de mirarse él pigmeo entre todos, fuéramos lo máximo en la Ciencia

profiláctica y de la riqueza pecuaria, contra el parecer aún subsistente de la antigua albeitería, que estudiaba

..... el agrión
donde cae el cagajón.

Es por esto que Turró, el inmenso, acudía "refunfuñando" a todas partes donde se le llamaba para dar relieve a nuestras cosas, y ocasiones hubo en que, olvidando el ténue disfraz de ser *un quinto de la Veterinaria* con que ufano se mostraba, daba espontánea salida a los destellos de bravura del general en jefe que llevaba muy amagado y entonces, incluso, trazaba planes en cuyo desarrollo jamás desertó si se le supo colocar en el centro de un dig-

no estado mayor que le secundara.

Así Turró fué Presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia de Barcelona, y muy alto Presidente de la Comisión organizadora de la IV Asamblea Nacional Veterinaria, patrocinada por S. M. el Rey y con representación oficial de los Ministerios de Gobernación, Fomento, Guerra e Instrucción Pública.

Tal era Turró veterinario de la Asamblea cumbre hasta hoy celebrada. En el presente, la clase espera la aparición de otro, que como el maestro, llámese menos veterinario, y haga más por la Veterinaria.

ANGEL SABATÉS.

Evocación.

Era a mediados de la tarde cuando el señor Turró acostumbraba venir al Laboratorio Municipal. Acompañado generalmente de su sobrino y de Pedro González, parecía que una atmósfera de placidez y cordialidad irradiase por toda la casa desde que él trasponía el dintel de la puerta de la calle. Con su gabán puesto, al cuello la bufanda, de la que no se desprendía en todo el invierno, con su sombrero flexible irregularmente abollado que acababa de encuadrar aquella cabeza tan enérgica y fina a la vez, le veía pasar lentamente apoyándose en su bastón desde las ventanas de mi gabinete de trabajo y penetrar en el edificio de la sección bacteriológica.

Terminada la tarea burocrática que solicitaba su atención, se informaba de los trabajos en curso y disponía otros nuevos. Entretanto iba cundiendo por el Laboratorio la voz de que *don Ramón* había llegado y poco a poco acudíamos a su despacho atraídos por el hechizo de su conversación y la fuerza de su dialéctica. Nos reuníamos cuatro o seis

todo lo más y allí sentados o reclinados, de una manera que en cualquier otra ocasión nos hubiera parecido demasiado incómoda, se iba desgranando una conversación que más bien era un monólogo con algunas interrupciones que cuanto más le contradecían más le servían de acicate.

Son muchos quienes han oído a Turró en sociedades científicas, en actos oficiales, en sesiones del Instituto, o en sus cursos de filosofía crítica y todos han quedado maravillados. ¡Cómo no le habrían querido, pues, si le hubiesen visto producirse con toda la espontaneidad, despojado de convencionalismos y circunloquios, sin limitarse a exponer ideas ordenadas de antemano, sino en plena elaboración, creando en presencia nuestra con todo el rigor y la precisión del pensador formidable que era! Habrían gozado viendo como la bacteriología perdía la rigidez de los libros y tomaba cuerpo en los labios de una persona que la había vivido y había asistido y colaborado en su desarrollo. Se habrían apasionado con las re-

futaciones que hacía de ciertas teorías de la inmunidad en forma tan cálida que nos subyugaba a todos, y a veces, a una alusión al terreno filosófico hecha por un compañero más hombre de letras que los demás del grupo, se le veía exaltar la filosofía escolástica y combatir a Kant con la diatriba más formidable que haya podido oírse. Los grandes problemas sanitarios eran disecados como él sabía hacerlo, salpicándolos de enseñanzas y anécdotas sabrosas de horas de peligro pasadas y combatidas con medios deficientes y a veces casi nulos. Y no faltaban tampoco los temas relativos a nuestras cuestiones locales en las que se mostraba rigurosamente fiel a la voz social hasta lo más profundo de su ser.

El tiempo transcurría insensiblemente para todos. ¡Cuántas veces don Ra-

món había sido causa inconsciente de que yo tuviera que repetir operaciones de laboratorio dejadas en suspenso!

Anocheceía. Llegaba la hora de sesión en la Academia de Medicina o en el Instituto, y con pesar de todos tenía que irse para desempeñar allí su obra pedagógica. Todos volvíamos a nuestras anteriores tareas, pero el Laboratorio había perdido aquella fuerza de aglutinación que nos juntaba durante su permanencia en el mismo.

En estos tristes momentos para cuantos le queríamos, séame permitido evocar la figura de don Ramón Turró en uno de los marcos que más le gustaban y en el ambiente donde tuve el alto honor de servir a la ciudad estando bajo sus órdenes.

MIGUEL A. BALTÁ

DISCURSO

pronunciado por don Ramón Turró en el acto de toma de posesión de la Presidencia del Colegio Veterinario Provincial de Barcelona en 4 Enero de 1905.

Señores:

Al tomar posesión del cargo para que me designásteis, cúpleme manifestaros mi agradecimiento por la honra que me habéis dispensado, tanto más profundo y sincero cuanto que yo ni había solicitado vuestros votos, ni en sueños se me había ocurrido que para tan alto puesto os acordaseis de mi humilde persona. Sólo me explico vuestra adhesión y la de los compañeros de la provincia, que en su inmensa mayoría o en su casi totalidad, se hicieron representar el día de la votación, por la certidumbre que abrigáis, así los de aquí como los de allá, de que yo no he de defender directa ni indirectamente intereses particulares desde este sitio, sino los intereses colectivos de la clase, ni he de secundar intrigas de campanario, ruines propósitos ni miras que tiendan a dividirnos, sino únicamente cuanto tien-

da a dignificar a la medicina veterinaria y a enaltecer y fomentar la cultura de los modestos profesores que la ejercen. Si habéis visto en mí un lazo de unión entre todos y un firme mantenedor de ese ideal que acabo de apuntaros, yo con mis esfuerzos y con mi buena voluntad, ya que no con mis méritos, que son nulos, procuraré corresponder a vuestra confianza.

Ninguna clase social está tan necesitada de una estrecha unión, de una solidaridad inquebrantable para la defensa de sus intereses y levantar el prestigio de la profesión como la clase veterinaria. Triste es confesarlo, pero la realidad se impone y hay que proclamarla por doloroso que sea. El veterinario en cuantas naciones viven la vida moderna y se enriquecen con la aplicación, a la agricultura, a la hacienda pecuaria, a la industria y al comercio de todos los prodigios de la ciencia

experimental que en el siglo pasado han transformado al mundo y cambiado de raíz las condiciones económicas de los pueblos, que constituyen las condiciones esenciales de su vida, es considerado como un ser superior, digno de la más alta estima y consideración. Si traspasáis la frontera, al pisar tierra francesa os asombrará el respeto con que se trata *al señor veterinario municipal* por parte de las autoridades y el pueblo en los más humildes villorrios; en las poblaciones que exceden de 14.000 habitantes devenga por ministerio de la ley un sueldo de 4.000 francos, y la municipalidad, por lo general, le proporciona casa en el matadero rodeada de jardines y llena de comodidades. Si subís hasta Holanda y Suiza o si atravesáis el Rhin y penetráis en Alemania, donde el verbo de la cultura moderna palpita con tan vigorosos latidos, os asombrará el homenaje de consideración que se tributa al veterinario, el prestigio de que goza, sobre todo en las poblaciones agrícolas. Vuestro asombro crecerá desmedidamente si váis a Italia. En esa joven nación os encontraréis con que la inmensa mayoría de los grandes propietarios, herederos de la nobleza que había en los antiguos reinos, siguen la carrera veterinaria y aplican los conocimientos adquiridos al fomento de su hacienda.

En cambio en España lo menos que puede ser un hombre de carrera es veterinario. Más que una profesión modesta se la considera como un oficio humilde; las invectivas que aquí se lanzan contra él en el teatro presentándole como el prototipo de lo ridículo, en los países cultos o no se entenderían o provocarían una indignación universal; aquí hacen desternillar de risa. Las autoridades en sus relaciones con los ingenieros, los abogados, los arquitectos, les guardan los miramientos a que son acreedores por sus títulos; mas el título de veterinario en nuestra patria se cree que a nada obliga, ni siquiera en muchos casos a la buena educación. No

se toman en serio sus informes técnicos, y ya que no puede rehusárseles su valor legal, se discuten sus asertos y se prescinde de ellos *cuando así conviene*. Las regiones que, como Cataluña, viven una vida más europea (según dicen, porque yo tengo mis dudas sobre el particular) que otras de la península, si en algo se distinguen de las restantes en este punto es en acentuar su menosprecio, su desdén a la profesión veterinaria. Abundan aquí, vosotros lo sabéis bien, cierta clase de *soi disant* intelectuales, que creen injuriar a un hombre cuando le pueden llamar *manescal*. En las regiones centrales, donde la agricultura es la única fuente de riqueza, y en todas aquellas en que la ganadería abunda, no es tan bajo ni despreciativo el concepto en que se tiene al profesor veterinario, que antes bien goza de un mayor prestigio.

Ahora bien, señores: ¿os habéis preguntado alguna vez las causas del singular fenómeno que acabo de exponeros? ¿habéis reflexionado alguna vez, cuando os han herido en vuestra dignidad profesional, las razones que puede haber para explicar que en las naciones progresivas se levante un pedestal a la profesión veterinaria, y hasta los nobles más linajudos en alguna de ellas la estimen como un honor, y aquí, en nuestra patria, en esa pobre España que en nada contribuye actualmente a la obra magna de la civilización moderna, se la mire con tanto desdén? Es un problema interesante; yo no sé de nadie que se lo haya planteado y examinado con la detención que se merece. Probemos de abordarlo.

Realmente hasta el siglo XVIII la profesión veterinaria fué modesta, humildísima; los intereses que defendía eran siempre de menor cuantía. Herrar un caballo o mejorarlo de un cólico, cuando podía, era defender un capital exiguo; cortos debían ser sus honorarios, desmedradas sus pretensiones. La sociedad da un valor a los servicios según sea el capital que con ellos se salva; al

abogado que defiende un capital de un millón de pesetas, al ingeniero que sabe explotar una mina de oro o plata, claro está que no puede justipreciarlos como los que desempeñaba el albéitar que salvaba cuando podía, una res cuyo valor no excedía de quinientas o mil pesetas. No conocía el modo de seleccionar las razas, favorecer las crías, ni la manera de fomentar la riqueza pecuaria. Como no salvaguardaba grandes, inmensos intereses sociales; como su acción profesional se desenvolvía en un círculo limitadísimo, es natural que no fuese mirado con la consideración que posteriormente se le ha otorgado. Mas vino el siglo XIX y todo cambió. Los progresos enormes de la Zootecnia desterraron los empirismos antiguos, extinguieron las rutinas y preocupaciones respecto a la crianza de los animales domésticos. Así la naturaleza de la alimentación como la ración alimenticia se establecieron según leyes científicas precisas; se llegó a saber cómo y de qué manera debía procederse en estas materias según las condiciones fueren.

El antiguo arte de padrear, empírico y torpe, fué reemplazado con nociones exactas respecto al modo de seleccionar cualidades y crear tipos nuevos, razas robustas que procreaban extraordinariamente acrecentando el capital, duplicando primero, quintuplicando o decuplicando su valor después. La mina de oro que descubrió la Zootecnia y de la cual se aprovecharon los pueblos que dispusieron de veterinarios que aplicasen los conocimientos que en ella aprendieron, aumentó, claro está, su prestigio. Ya no defendía una res; era el eje generador de una riqueza social que crecía como la espuma; de ahí que el labrador, de ahí que el propietario y el ganadero anduviesen tras él como tras el oráculo poseedor del secreto de las prosperidades que sobre ellos llovían, y de ahí que su figura se agrandase ante los ojos de una muchedumbre atónita con tanta maravilla. Mas ese capital, que crecía de día en día, corría el ries-

go de quebrantarse hondamente o arruinarse del todo, con la aparición inesperada de una epizootia que diezmasa las piezas o aniquilase los rebaños. Y entonces surgió un genio, Pasteur, con ese séquito de veterinarios, colaboradores de su obra inmortal, que se llaman Chauveau, Bouley, Cornevin, Arloing, Nocard, etc., etc., verdaderos príncipes de la ciencia que completaron y ampliaron sus enseñanzas y dominaron los peligros de una ruina posible previniéndolos sabiamente por medio de la profilaxis. El capital conquistado se afirmó; las amenazas, que lo tenían como medroso y cohibido, llegaron casi a anularse, y con esto se afianzó desplegando mayor fuerza expansiva.

Tened ahora en cuenta que el desarrollo de la ganadería favorece el de la agricultura y el de ésta a la primera por acción recíproca; tened en cuenta que los progresos de la química agrícola han desterrado las antiguas prácticas y que el conocimiento de la composición de las tierras laborables orienta al agricultor respecto de la elección de las sementeras y la clase y cantidad de abonos que deben emplear permitiéndole los cultivos intensivos. El perito agrónomo que conoce el modo de aplicar a la industria agrícola todas las maravillas de la química y la mecánica, y el veterinario que conoce las leyes a que debe adaptarse la crianza de los animales domésticos y el modo como puede cortar los contagios o prevenirlos, son las dos palancas que han transformado la agricultura. Y la agricultura es, señores, la entraña principal de toda sociedad bien constituida; aun en los pueblos más industriales las tres cuartas partes de la población son agrícolas. Pues bien: si aquello de que vive un pueblo es lo esencial para su existencia, bien se comprende que la transformación que ha sufrido la agricultura mediante la aplicación de los progresos de la Mecánica, la Química y la Bacteriología, es lo que fundamentalmente ha cambiado el modo de ser de

los pueblos por las transformaciones impresas en sus medios de vida. No os extrañéis de que el gobierno de Thiers después del año terrible, del año de los desastres, más que de la industria, más que del comercio, se preocupase de levantar la agricultura para levantar la Francia.

Su obra meritoria, que es la obra de un estadista digno de este nombre, será glosada en la historia con encomio. ¿Os he de recordar lo que hizo en favor de la agricultura y en favor de la medicina veterinaria? Un sólo dato os dará razón cabal de la magnitud de los resultados conseguidos, ya que no es propio de este lugar el estudio detallado de esta empresa. Después de la *debacle* existían en Francia, en números redondos tres millones de cabezas de ganado vacuno; once años después excedían de catorce millones. ¿Os representáis el capital que ese aumento significa con sólo contar la cabeza a 300 francos? Pues imaginad que esa suma fabulosa es sólo un dato de la suma total de los restantes componentes, pues cuando las fuentes de la riqueza pública se abren en un país, todo prospera armónicamente.

En los países del centro de Europa, aparte de la riqueza pecuaria, la suma alcanzada por las industrias que de su existencia derivan, representan sumas incalculables. La industria lechera importa por sí sola millares de millones. La leche que se consume en las grandes ciudades alemanas constituye una suma portentosa. Con datos fidedignos pudiera demostrarnos que la leche que afluye diariamente a Berlín tal vez sea comparable al agua que viene a Barcelona por nuestro acueducto de Moncada. ¿Y qué os diré de la industria de los quesos? ¿qué de la leche condensada? ¿qué de la fabricación de las mantecas? ¿qué de la elaboración de la lactosa? ¿Y eso es todo? No: pues con sólo indicaros que al puerto de Barcelona, según referencias que si de algo pecan es de incompletas, llegan más de

dos toneladas mensuales de polvos de leche desengrasada, llegaréis a presentir qué es la industria lechera en estos países.

Tras esa exposición sucinta, tan abreviada como un simple apunte, ya se comprende el crédito de la medicina veterinaria en los países que viven realmente la vida moderna; siendo muy natural que haya crecido tanto y que esa profesión sea tenida en tal alta estima. Ya no es el albéitar humildísimo del siglo XVIII que defendía un capital menguado; es el creador de una riqueza exuberante que ha transformado las condiciones de vida de la población agrícola y su mejor guardián; por eso se remontó y su profesión fué dignificada y reconocida como excelsa. Como el perito agrónomo, lleva en su mente, a modo de un fuego sagrado, no la ciencia de los sabios, no las teorías divinas de los genios que escrutan lo desconocido sin aspirar siquiera a beneficiarse personalmente y contentándose con crear la ciencia pura, sino su cristalización práctica, su aplicación directa al trabajo humano. Ciertamente que no son los creadores de la ciencia en su más elevada acepción, en su esfera ideal; pero de aquéllos descienden en línea recta aunque no sepan ver más que el lado práctico y positivo del sublime idealismo de los primeros.

La ciencia experimental, al modificar tan profundamente las condiciones de vida de los pueblos, ha transformado al mundo; mas de ese cambio tan radical las clases directoras de la sociedad española no se han enterado todavía. Hasta el siglo XVIII era España una nación cuyos medios de vida eran, poco más o menos, como los de las demás naciones. Laboraba sus tierras según los procedimientos usados en todas partes; criaba sus ganados como los demás y en el *modus operandi* de sus industrias no la aventajaban de mucho los países extranjeros. Mas vinieron las resultancias prácticas de la ciencia experimental, vino esa gran revolución que

ha transformado a Europa sin tiros ni barricadas, y mientras todas las naciones, cual más, cual menos, unas más rápidamente que otras, cambiaban todos los mecanismos de su producción, aumentándola en cantidad y calidad de una manera inverosímil, España siguió cultivando sus tierras con el empirismo de sus mayores y a la antigua usanza siguió criando sus ganados, y si no se extinguió del todo su antigua industria fué por imprimirle un impulso de adaptación al progreso de los nuevos tiempos que aunque débil le ha permitido, junto con la protección arancelaria, prolongar una existencia que nada tiene de lozana.

Nuestras clases directoras no comprendieron entonces, y apenas si vagamente la comprenden ahora, que la gran revolución que ha cambiado la faz de los pueblos durante el siglo XIX, más que política ha sido económica, por haber cambiado de raíz los medios de vida de los pueblos. No han comprendido todavía que así como en otros tiempos todo el progreso se resumía en Santo Tomás o Ramón Llull, en Descartes o en Spinoza, en los actuales no lo sintetizan Augusto Comte, H. Spencer o el neokantianismo, porque toda la filosofía actual quintaesenciada no ejerce sobre la vida de los pueblos la poderosísima influencia que ejercen los Dumas, Berthelot, Pasteur, Chevreul, Helmholtz, Groves, Morse, Marconi, y cuantos de esa progenie ilustre, les fuerzan quierlas que no, a ganarse la vida de otra manera de como se la venían ganando.

El ambiente de la vida moderna no ha penetrado en el espíritu de nuestras clases directoras: son hombres del siglo XVIII que no se han enterado todavía de lo que ha pasado en el mundo durante el próximo pasado siglo. En nada han cambiado la vida orgánica de España, los elementos internos de su trabajo o de su producción; nada han hecho para que las fábricas, hijas predilectas de la universidad, pregonen su

gloria con las maravillas de los productos que aquélla inventa y les enseña a elaborar; nada hacen para que el perito agrónomo pueda amaestrar en las granjas montadas a la europea a ese labrador que ellas (¡ellas!...) en su omnisciencia califican de rutinario; nada intentan siquiera para que la escuela veterinaria se levante y constituya en lo porvenir un venero inagotable de riqueza. Todo, todo está por hacer, como ha dicho Costa... Su obra se ha limitado a cubrir la España del siglo XVIII con un sudario de constituciones hilvanadas a la moderna.

Entregadas nuestras clases directoras a las divagaciones de un filosofismo estéril, cuando hablan de regeneración y de levantar el país... con decretos *gacetales*, si alguien, luchando a brazo partido contra esa corriente de perdición que nos aniquila lentamente al distanciarlos de las verdaderas fuentes de la cultura moderna, se encara con ellas y les dice que la profesión veterinaria es un factor indispensable, culminante para iniciar esa obra de regeneración, le mirarán con asombro y estupefactos. Como ignoran lo que ha ocurrido en el mundo, siguen creyendo que el veterinario de ahora es el antiguo albéitar de los tiempos de Jovellanos, bueno únicamente para herrar o sangrar una caballería. ¡Así estamos, señores! España sigue riéndose de la profesión veterinaria, desdeñándola como un desecho social; ¡así está ella!... Desdeña también un conjunto de profesiones cuya acción recae sobre oficios y artes industriales y agrícolas, maestras del trabajo que pudieran vigorizar la entraña social y darle nueva vida, y sólo se preocupa del esplendor de los altos cargos. Por eso, sólo por eso la entraña muere y la nación agoniza bajo fastuosas apariencias.

Ante ese cuadro desolador, en el que vemos nuestra profesión arrastrar una existencia tan penosa y lánguida como la de cuantas profesiones traen la misión de aplicar al trabajo agrícola o in-

dustrial conocimientos científicos ¿qué nos toca hacer? Hay mucho de suicida en esa resignación musulmana que nos induce a cruzarnos de brazos y esperar mejores tiempos. Importa que nos unamos firmemente, que reunamos en un haz todos los elementos dispersos de la provincia, creando una fuerza colectiva que nos permita defender legalmente nuestra dignidad profesional y luchar con brío para que no se menoscaben nuestros derechos. El camino que debemos seguir, lo trazaron sabiamente nuestros hermanos de Aragón. Hay que infiltrar en la clase el espíritu corporativo; hoy se han colegiado los veterinarios de la provincia de Barcelona; que hagan mañana lo propio las provincias hermanas de Cataluña y del resto de España. Saludemos a los que están ya constituidos llevándonos una delantera para ellos honrosísima; saludemos efu-

sivamente a la Junta del Patronato central que tan laudables campañas viene librando en favor de la veterinaria española; saludemos también a esas Escuelas de España tan pobres, tan desmanteladas, de las que hemos salido, con el cariño del hijo que se acuerda de su madre desvalida, pues de su pobreza ni son ellas responsables ni se las puede imputar como pecado. Y una vez sumadas en una sola corriente ese gran número de fuerzas concurrentes, se creará un estado de opinión que obligue a nuestras clases directoras a levantar la profesión veterinaria de su actual postración elevando nuestra cultura al nivel de la de los países que van a la vanguardia de la civilización, para bien de la clase y de la patria española.

He dicho.

LA VETERINARIA Y LA SOCIEDAD

Artículo publicado en la Revista de Veterinaria Militar en 3 de Octubre de 1916, con motivo de celebrar este periódico el primer aniversario de su fundación

Me pide el Director de esta REVISTA (y la petición me honra), que escriba unas cuartillas sobre los intereses profesionales de nuestra clase, y aunque yo he orientado mi vida por rumbos muy distintos de los de la generalidad de mis compañeros, no por esto soy indiferente a tales intereses. Yo desearía que la Veterinaria española fuese una estrecha hermandad, una cofradía modelo, ligada por vínculos inquebrantables, por solidaridad de intereses de todos los cofrades. Y, pues, este es mi deseo, claro está que yo he de ser uno de tantos, un número más entre los asociados.

La clase Veterinaria, en mi sentir, no ocupa el lugar que le corresponde en la sociedad española. Aquí domina sin trabas el concepto de las antiguas jerarquías y no hay manera de desarrai-

gar el prejuicio de esas jerarquías. Un ingeniero es socialmente considerado como un hombre de vastos conocimientos y de mucho ingenio; un arquitecto es, ante la sociedad, un hombre excepcional que hace brotar de la tierra casas y palacios; un farmacéutico se nos aparece como un mago conocedor de los arcanos y secretos profundos de la química; un médico es conceptuado como la Providencia que vela por nuestra vida; un abogado, como el brazo tutelar de nuestros intereses; y hasta al político de oficio, al político profesional, se le considera padre y salvador de los destinos de la Patria. Bien cribado todo esto, y sometido al análisis sereno de la crítica, tal vez hallaríamos que ni el ingeniero, ni el arquitecto, ni el farmacéutico, ni el médico, ni el abogado, ni el político, son realmente me-

recedores de desempeñar el papel elevado que en nuestra sociedad representan. Pero, seanlo o no, su jerarquía viene impuesta y consagrada por largos años y nadie la discute. La garantía de su intrínseco valer está en el título, y aunque el nombre no hace la cosa, como dicen nuestros vecinos de allende los Pirineos, ello es que con el título se cierra toda discusión y que a su mágico conjuro la sociedad concede patentes de valía profesional.

El Veterinario también posee un título, mas por rara paradoja, ni social ni legalmente es conceptuado en un nivel científico mayor que el que tenían los antiguos judíos cuando practicaban la medicina o los barberos en su habilidad de cirujanos. La jerarquía del Médico se enaltecíó con el progreso de los tiempos, y así lo comprendió la masa social al percatarse de que sus funciones son de una importancia extraordinaria y en cierta manera augustas; mas no ha ocurrido lo mismo con la Veterinaria en nuestro país. Nuestras clases directoras, como si viviesen en el Limbo, no han llegado a conocer ni a darse cuenta de que en todos los países cultos la ciencia Veterinaria ha llevado a cabo una revolución tan trascendental como la de la mecánica, la física o la química, dentro de su respectiva esfera. De esa renovación no se han enterado, y con la mayor ingenuidad y buena fe siguen creyendo que el Veterinario es un ente sólo apto para curar los retortijones de la burra del tío Antón, para ponerle una herradura o para sacar con la cuerda el feto de la vaca que mal pare. Eso es lo que creen nuestras clases directoras de acuerdo con el vulgo de las gentes.

Ya se comprende que desde ese punto de vista, es muy natural que al legislador todo le parezca poco para mermar atribuciones al Veterinario confiándolas al Farmacéutico, al Perito Agrónomo o al Médico, y que semejante injusticia no subleve a nadie más que a las víctimas de ella. Resulta también muy

natural que cuantos desde la cumbre de su jerarquía profesional hablan del Veterinario, se sonrían socarronamente, y resulta igualmente comprensible que se le tenga arrinconado en el trato social, como en otros tiempos lo fueron los judíos o los herbolarios y drogueros que preparaban los fármacos.

Este menosprecio y este desdén con que la sociedad nos mira, es actualmente injusto; pero, haciendo examen de conciencia, hemos de reconocer, hablando con toda sinceridad, que gran parte de nosotros hemos hecho muy poco para desvanecer esos prejuicios y hacernos acreedores a una mayor consideración social. Es este mundo, como dice donosamente el travieso Crispín de "Los intereses creados", mundo de toma y daca, Lonja de contratación donde antes que pedir hay que ofrecer, y nosotros (convengamos francamente en ello), hasta hoy habíamos ofrecido poco. Hasta muy modernamente las Escuelas de Veterinaria eran poco menos que fábricas de herradores con título; la inmensa mayoría de sus alumnos acudían a ellas con una cultura general rudimentaria y con la única pretensión de conseguir un título que les concediese el casi privilegio de poder herrar, y digo casi, porque en la práctica se lo discutían y mermaban los intrusos.

Hoy, por fortuna, este estado de cosas ha cambiado radicalmente la Veterinaria; ha evolucionado por nuevos derroteros, dando un salto gigantesco hacia su regeneración. Los jóvenes acuden a las Escuelas con un bagaje científico igual al de los Médicos, Abogados y Farmacéuticos, ansiosos de adquirir sólidos conocimientos de Bacteriología, Zootecnia, Inspección de alimentos, etc., que les permitan luego ocupar cargos bien retribuidos en mataderos, laboratorios y explotaciones pecuarias. La práctica del herrado se acepta como un mal necesario todavía, pero del que se procuran sustraer del mejor modo posible, porque el yunque y el martillo compaginan mal con el manejo

de los reactivos y del microscopio.

Esta evolución en las aspiraciones de la clase es indudablemente el primer paso dado en firme para conquistar la consideración social.

El mundo mide el valor de las personas y de las cosas por el grado de utilidad que reportan. Mientras el Veterinario se ha limitado a ser el “maestro herrador”, ha contribuido a esa utilidad general casi en idéntica medida que los demás oficios manuales, y la sociedad ha creído, en parte con razón, que, pues la Veterinaria se vinculaba esencialmente en la práctica del herrado, no eran dignos de mucha consideración quienes poseyendo un título científico, se dedicaban a tan humildes menesteres.

El Veterinario de antaño, cuya ciencia se reducía a herrar un caballo o a tratar un cólico, reportaba a la colectividad un beneficio muy limitado, su utilidad era exígua, porque defendía un capital insignificante. En cambio, el Veterinario de hoy que tiene aptitud para dirigir desde una Granja agrícola y pecuaria, la cría, fomento y mejora de los animales domésticos, aplicando a su explotación racional los principios de la ciencia zootécnica, produce una riqueza mayor; el Veterinario que vacuna un rebaño contra el carbunco, o una piara de cerdos contra las enfermedades rojas, o que merced a las inyecciones re-

veladoras descubre un foco infeccioso que, si se propagase, produciría enormes pérdidas, defiende una riqueza mayor todavía; y el Veterinario que desde un matadero o un laboratorio analiza e inspecciona los alimentos, evitando con ello graves trastornos de la salud pública, defiende la riqueza mayor de todas: la vida de los pueblos.

Cuando la sociedad se haya percatado de las elevadas funciones que puede desempeñar el Veterinario moderno; cuando conozca que éste puede contribuir en alto grado a la riqueza y al bienestar de los pueblos, entonces nos otorgará a manos llenas la consideración que ahora nos regatea.

A destruir los prejuicios imperantes, a lavar ese pecado original de los primeros tiempos de la Veterinaria debemos contribuir todos, exponiendo públicamente en la prensa diaria, en sociedades científicas y en todas partes en que se nos presente la ocasión, lo que es y significa la Veterinaria de hoy y el modo eficaz con que, impulsando el desarrollo de la ganadería, contribuye a la riqueza de los pueblos. Ofrezcamos, sembreros primero, y luego en justicia podremos exigir y recoger el fruto de nuestros desvelos.

R. TURRÓ.

Director de “Revista Veterinaria de España”.

NOTICIAS

Honrando la memoria de Turró. — El Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia de Barcelona, además de haber creado el “Premio Turró” se propone celebrar algunos actos para honrar la memoria del maestro. Uno de ellos es la colocación de una artística lápida en la casa donde aquél nació, acto que tendrá lugar el día 16 de Agosto, y al que concurrirán, además de las autoridades de Malgrat, el Capitán Ge-

neral, el Gobernador Civil de Barcelona y el Director de la Escuela de Veterinaria de Zaragoza.

A instancias del mismo Colegio, el Ayuntamiento de Malgrat ha acordado dar el nombre de Ramón Turró a una de las más importantes calles de aquella población. Por último, el mencionado Colegio, tiene el propósito de celebrar una solemne sesión necrológica para enaltecer la memoria de Turró.

INSTITUTO VETERINARIO DE SUERO-VACUNACIÓN

DIRECTORES: { F. GORDÓN ORDÁS
C. LÓPEZ Y LÓPEZ

CORRESPONDENCIA

DIRECCIÓN TELEFÓNICA Y TELEGRÁFICA:
VETERINARIA

AL ADMINISTRADOR:

P. MARTÍ - APARTADO NÚM. 736

TELÉFONO 6294 G.

BARCELONA



LISTA DE PRODUCTOS

VACUNA ANTICARBUNCOSA
VACUNA SIN MICROBIOS CONTRA EL CARBUNCO SINTOMÁTICO
VACUNA (VIRUS VARIOLOSO) CONTRA LA VIRUELA OVINA
VACUNA PURA CONTRA EL MAL ROJO DEL CERDO
SUERO-VACUNA CONTRA EL MAL ROJO DEL CERDO
VACUNA PREVENTIVA DE LA PULMONÍA CONTAGIOSA DEL CERDO
VACUNA CURATIVA DE LA PULMONÍA CONTAGIOSA DEL CERDO
VACUNA CONTRA EL CÓLERA AVIAR
VACUNA CONTRA EL MOQUILLO
SUERO-VACUNA CONTRA EL MOQUILLO
VACUNA CONTRA EL ABORTO CONTAGIOSO DE LAS VACAS
VACUNA CONTRA LA MELITOCOCIA DE LAS CABRAS
VACUNA ANTIESTAFILO-COLIBACILAR, CONTRA LA PAPERERA, LA INFLUENZA Y LOS ABSCESOS
SUERO ESPECIAL CURATIVO DEL MAL ROJO
SUERO CONTRA EL MOQUILLO
SUERO ANTITETÁNICO
SUERO ANTIESTREPTOCÓCICO CONTRA LA PAPERERA Y CONTRA LA INFLUENZA
SUERO EQUINO NORMAL
MALEINA CONCENTRADA O BRUTA
MALEINA PREPARADA EN EL MOMENTO DE SERVIRLA PARA SU USO INMEDIATO
EMULSIÓN DE BACILOS DE BANG PARA EL DIAGNÓSTICO POR AGLUTINACIÓN DEL ABORTO CONTAGIOSO DE LAS VACAS, O PRÁCTICA DE LA REACCIÓN, ANTÍGENOS VARIOS Y AMBOCEPTORES HEMOLÍTICOS, ANÁLISIS Y REACCIONES BIOLÓGICAS DIVERSAS, PRECIOS CONVENCIONALES

**YO DIAGNOSTICO, PREVENGO Y CURO ENFERMEDADES
CON LOS PRODUCTOS PREPARADOS POR ESTE INSTITUTO**

PURGANTE SUIZO

GRAN DEPURATIVO, ANTISEPTICO Y DESINFECTANTE

Este purgante está indicado en toda clase de ganados, especialmente en las vacas y cabras de leche.

Está igualmente indicado en las indigestiones, enfermedades febriles y en las de carácter infecto-contagioso.

Todo envase lleva una explicación amplia del modo de usarlo.

El purgante suizo está registrado y aprobado por la Dirección general de Sanidad, con el núm. 2.697.

Casas de venta del Purgante Suizo

Pérez Martín y Compañía, calle de Alcalá, 9, Madrid.

Rived y Chóliz, calle de Don Jaime I, 21, Zaragoza.

E. Gorestegui, plaza del Mercado, 72, Valencia.

AGENTE GENERAL: SAN PEDRO MARTIR, 44, (GRACIA),
BARCELONA

ZOTAL

Desinfectante e insecticida

CURA LA GLOSOPEDA, SARNA O ROÑA, HERIDAS, LLAGAS,
GUSANERAS Y OTRAS ENFERMEDADES DEL GANADO.
INDISPENSABLE PARA LA DESINFECCION
DE TODA CLASE DE LOCALES

JABON ZOTAL

Cura las enfermedades de la piel

Camilo Tejera y Hermana

SEVILLA

Complete Vd. su biblioteca con este libro

COMPENDIO DE PATOLOGIA QUIRURGICA PARA VETERINARIOS, por los doctores E. FRÖHNER y R. EBERLEIN, catedráticos de la Escuela de Veterinaria de Berlín. Traducción ampliada, de la 6.^a edición alemana, por P. FARRERAS. Un tomo de 400 páginas, ilustrado con 172 grabados, encuadernado en tela, 17 pesetas. Para los suscriptores de esta Revista, *sólo doce pesetas*.

Escrito en el lenguaje correcto, sobrio y claro que emplea en sus publicaciones didácticas el glorioso maestro doctor Fröhner, y enriquecido con la valiosa colaboración del malogrado profesor Eberlein, expone este *Compendio* el estado actual de los conocimientos veterinarios en punto a patología quirúrgica. Baste decir, en elogio de esta obra, que en Alemania han aparecido en pocos años seis ediciones, y que la traducción española hecha sobre la última edición original publicada en 1920, contiene los últimos adelantos y perfeccionamientos quirúrgicos deducidos de la actuación de los veterinarios militares en la guerra mundial.

El mejor libro de Sanz Egaña

ENSAYOS SOBRE SOCIOLOGIA VETERINARIA, por C. SANZ EGAÑA. Un tomo en 8.^o, de cerca 500 páginas, 7 pesetas. Para los suscriptores de esta Revista, *sólo cinco pesetas*.

Todos los temas que más han agitado a la opinión veterinaria en estos últimos quince años (enseñanza, intrusismo, colegiación, sindicación, vulgarización científica, higiene pecuaria, reforma de la carrera, etc.), han sido tratados de mano maestra por la fecundísima pluma de Sanz Egaña, y se hallan reunidos—convenientemente seleccionados—en este libro, frívolo en apariencia, pero de gran valor doctrinal. El talento de Sanz Egaña sabe infundir interés y vida aun a los más triviales asuntos que son materia de sus artículos profesionales. El lector halla siempre en ellos el dato curioso, el hecho ignorado, el concepto nuevo, la idea original que le mueven a discurrir y a meditar. En esta última cualidad estriba el valor máximo de la presente obra; el libro de Sanz Egaña es un libro para la meditación. Deben leerlo todos los veterinarios, tanto los escépticos como los entusiastas; para todos contiene valiosos estímulos y enseñanzas, pues, como ha dicho Gordón, es la hermosa contribución realizada con esfuerzo gigantesco por un hombre masculino, a la obra sacrosanta de la redención de la Veterinaria.

Especialidades VIAN



Fugasma VIAN Rrepara-
do ex-
celente contra el asma (huérfago) enfise-
ma pulmonar y todas las enferme-
dades crónicas del pulmón.

Anticólico VIAN EL ME-
JOR DE
LOS CALMANTES Y EVACUANTES

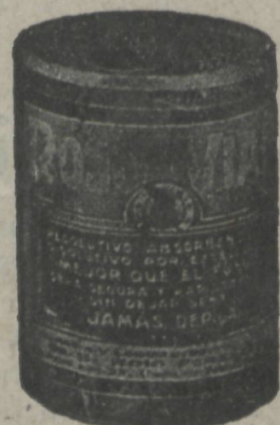
The VIAN Purgante vegetal.
Especial para el
ganado bovino. Es el purgante que da
mejores resultados. No irrita.



Ictusol VIAN Ovulos a base de Tiolina que sus-
tituyen con ventaja a todas las
bujías conocidas. Es el mejor desinfectante vaginal. Evita el
aborto contagioso. Facilita la expulsión de la placenta.

Inyectables VIAN Preparamos todos los de uso
corriente y cuantas fórmulas
especiales se nos soliciten a precios limitados.

Rojo-VIAN Resolutivo, absorbente y disolutivo.
Substituye con ventaja al fuego.
Siempre cura, jamás depila.



Sueros y Vacunas

Contra toda clase de enfermedades
de los animales domésticos. Los
sueros alemanes GANS son hoy so-
licitados con preferencia a otras mar-
cas por sus excelentes resultados
y economía.

Aconitol VIAN Indicado
para com-
batir toda clase de enfermedades de
caracter congestivo y febril, pulmo-
nías, bronquitis, congestiones cere-
brales, etc.

Tópico VIAN El mejor de
los resoluti-
vos. Siempre cura y nunca deja señales
porque no destruye el bulbo piloso.



Laboratorio: D. B. ROIG PERELLÓ
San Pablo, 33 - Teléfono 1355 A. - Barcelona